

SUSCRIPCIONES

	Pesetas
Madrid.....	1 50
(Mes.....)	17 50
(Trimestre.....)	50
Provincias.....	12 50
(Mes.....)	22 50
(Trimestre.....)	30 50
Portugal.....	32 50
América.....	32 50
Extranjero.....	15
convenio.....	55
En las demás.....	20
Encomisiones.....	30

VENTA

España.....	30 núm. 1
Portugal.....	25 núm. 1
América y	
Extranjero	
convenio.....	30 núm. 1
En las demás	
comisiones.....	30 núm. 1
Núm. del día.....	5 cent.
Núm. atrasado.....	25 cent.



DIARIO ILUSTRADO
POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO

SE SUSCRIBE

En las oficinas de El Globo,
San Agustín, 2, y en todas las
librerías.

ANUNCIOS

Se reciben en esta Adminis-
tración, y en la Sociedad Gene-
ral de Anuncios, Carmen, 20,
principal, y en Barcelona se-
ñores Roldós y C.^{ta}, Escudellers, 80.

EXTRANJEROS

En París, la "Société Mutua-
le de Publicité," rue Caumar-
tan, 51; director, Mr. Lorette.

ERMITIDOS.

Preios convencionales.

Toda la correspondencia se di-
rigirá al Administrador de EL
GLOBO.

O XIV—TERCERA ÉPOCA

Viernes 26 de Octubre de 1888

MADRID—NÚM. 4741.

DISCURSO

DICHO POR

DON EMILIO CASTELAR

en la reunión del partido repu-
blicano-histórico de Barcelona el
día 22 de Octubre, año 1888

Amigos y correligionarios: pocas veces he me-
brecojo emociones, de cuyo tan profundas, como
las que hoy afectan mi ánimo, ospace de retener la
idea en el cerebro, extinguir la palabra en el labio,
abogar la voz en el pecho. Las dos frases primeras,
que debemos decir aquí, los dos nombres que aquí
debemos invocar, son estos: Santiago Soler, Euse-
bio Pascual y Casas, llorados a una, sin reserva y
sin rubor. Cuando pienso, como ellos, más jóvenes
ambos que yo, debían hallarse a mi lado ahora; y
solo descubro sus queridas sombras, mudas y mis-
teriosas, tentado estoy de disolver la reunión, en se-
ñal de luto y duelo, yéndome todos, con el silencio de
tantas memorias queridas como nos punzan el cora-
zón, a tendernos sobre la cruz del dolor, esperando
en Dios la hora de confundirnos allá por la eternidad
irrescindible con ellos, y con todos los nuestros para
siempre. (Sensación). Mas, al morir el hombre,
no muere, no, enteramente, no. En las frías cen-
izas, devueltas al torbellino de los átomos, al inmen-
so Universo, hay como en las partículas de celest-
tial ether, luz herencia espiritual de sagros re-
cuernos, gérmenes vivos de santas y consoladoras
esperanzas. Aun los animales, el perro y el caballo,
voy al decir, se fiuran de los idos y sucesos para
siempre. Las escuelas políticas, los partidos militan-
tes, sobre todo, forman una verdadera espiritual
familia. Esta idea de familia, producto primero del
espíritu ario en que nuestros individuos almas
respiran, calor vital de la sangre ario que dis-
corre por nuestras venas, funda el hogar y su fuego,
la una de sus hijas, el agajo de sus compañeros,
el santuario de sus artes y oficios, el ara y los al-
tarios de sus dioses (ahí sobre lo más religioso y
más divino, que hay en el mundo, sobre la tumba de
sus muertos. (Aplausos prolongados.) Las piedras de
aquellos hogares, donde se oyeon los pares de la
vida, tienen como por su revés, el sepulcro donde re-
guardan los despojos de la muerte. Adoremos todos
estos misterios, arte cuya magestad la eternidad
calla y la razón muere; pues así como en las em-
bras de nuestras noches no vemos las estrellas
innumerables en el espacio, sin la sombra del mis-
terio no vemos los ideales religiosos y divinos
en el espíritu. Eros árboles, destinados por la quí-
mica terrestre a convertir la materia inorgánica en
materia orgánica, extraen del terrón y hasta del
estéril donde pende sus raíces, reñinas, gomas,
esencias, miedos, flores y frutos; como la fé des-
tinada por nuestra Providencia incommensurable a con-
vertir las irpiradas instituciones en verdades prác-
ticas, extrae de los sepulcros y de su podre y de sus
gusanos el incienso místico de la inmortalidad.
(Biel! Biel! aplausos.) Aquí, en las costas med-
iterráneas, los pensamientos relativos a la inmor-
talidad no se contienen solo dentro del dogma cris-
tiano, contienen también dentro de los recuerdos
antiguos helénicos; en las columnas de nues-
tros apóstoles, en el chirriar de nuestras cigarras, en
el zumbido de nuestras abejas, en los olivares de
nuestros campos, se contienen dulzores del Hiba,
dejos del Atico, resonancias del Fesón, reminiscen-
cias del Pireo. Inmortal es el alma y destinada en
su relativa unidad a juntarse, sin confundirse, con
la suprema unidad; pues, así como por el bien pen-
sar participamos los míseros mortales de la divina
inteligencia, y por el bien proceder de la divina vo-
luntad y hasta de la suprema perfección, dotados
de fuerzas espirituales, por tanto de me los para
subyugar la materia y someter las pasiones (ahí
por una buena muerte participaremos de la eter-
nidad, ya que alcanzamos la suprema esencia
de las cosas por nuestra razón, y tenemos en la me-
moría reminiscencias como en el corazón presen-
timientos de otro mundo mejor, y sobre alas, cual
esas de las ideas, vlemos hasta los eternos arqueti-
pos, dejando al paso y en el camino de la vida obras
superiores a nosotros mismos, y más que nosotros
duraderas, como los dedos de las torres manos y
los cordajes de la inerte arpa, unificándose, con ser
para materia, bajo el impulso de una inspiración
artística, producen algo de naturaleza desmedida-
mente superior a ellos mismos, la suave melodia,
estéres, impalpable, invisible, a cuyas cadencias,
no solo se acelera la sangre humana en su acompa-
ñada circulación y golpea pulso, corazon y sienes.
abórbese nuestro ser entero en una especie de mis-
tífico extasis o deliquio, mediante los cuales vemos
y tocamos y sentimos, como realidad viviente, y
bulto y de relieve, lo ideal, lo eterno y lo infinito.
(Muchos y prolongados aplausos.) Pero los muertos
queridos no están en la eternidad solamente; se ha-
llan a una en todos nosotros, y se perpetúan en la
vida y en el alma de aquellos que les heredan y
suceden. Yo veo a los dos, cuya reciente muerte
sentimos con todo nuestro corazon y cuyas ausen-
cias lloramos de todas veras. El uno, Soler, vino a
mi en los comienzos de la reacción del once y
seis, todavía mozo, para sostenerme y ayudarme
con todas sus fuerzas a la divulgación de aquella
"Fórmula del Progreso," donde se contenían los
principios definitivos de la democracia española,
hoy alzados a órdenes capitales de nuestras leyes po-
líticas; y el otro, Pascual, vino a mi un poco más
tarde, pero más joven, cuando apartábamos en apa-
sionada, pero luminosa polémica, los principios de-
mocráticos de las utopías socialistas, adscribiendo
a los trabajadores catalanes en lo poco que debían
guardar del Estado y en lo mucho que debían
guardar del derecho, esfuerzos generosísimos y
saindables, merced a los que, podemos ahora fun-
dar nuestra libertad sin miedo a las sectas nihilis-

tas pululantes en varias naciones y a los hondas te-
rremotos revolucionarios amensazadores en grandes
y menos felices territorios. (Bien, bravo, muy bien)
Uno y otro defendieron y votaron conmigo en mu-
chas Cortes seguidas, la emancipación de nuestra
conciencia, la libertad de nuestra prensa y de nuestra
enseñanza, los derechos de reunión y de asociación,
el Jurado popular y el Sufragio universal, aquella
representación de nuestras Antillas en el Parlamen-
to, que venia como a completar la unidad patria,
todos los derechos individuales humanos, la demo-
cracia en toda su pureza, la soberanía nacional en su
plenitud, la indispensable abrogación de la trata, del
mercado infame donde se vendían y compraban sé-
res humanos, de la esclavitud y la proclamación de
aquella palabra mágica, en cuyas sílabas ponemos
todos nuestros amores, de aquella forma del poder
del gobierno, a la que unimos todas nuestras espe-
ranzas, la República liberal y democrática, (estrepito-
sos aplausos interrumpen al orador.) enterrada, si,
por nuestras culpas y pecados, pero como nuestro
Salvador en Getsemani, para tener su Pasión de Re-
surrección inevitable, así que la merezca el sentido
práctico del pueblo español y la reclame con su
fuerza incontestable y soberana la voluntad nacio-
nal. (Se reproducen los aplausos prolongadísimo.)
Después de haber hecho todo esto, Soler fué, ma-
dado por mí, a las Antillas, para evitar, preparando
el gran día de la segunda inevitable abolición, des-
aprendimientos al territorio español; y Pascual vino
aquí, en horas de angustia y desolación, donde se
probaba el verdadero valor olvio, impidiendo el es-
tallido de los susurros y cooperando a la maravillo-
sísima y ya por nadie disputada obra de nuestra
unidad nacional. (Bravos y aplausos muy prolonga-
dos.) Tercero uno y otro, cada cual según sus sendas
complicaciones y temperamentos, organizaron el par-
tido nuestro en Barcelona, partido tan importante
como numeroso, y tras dispendiosos pasajeros,
frecuentísimos en todas las familias, un órgano de
nuestras ideas tan ilustrado como útil a la opinión
republicana. Es a esto ninguno se conoce la devo-
ción a los muertos, como en la fidelidad a sus ideas,
resplandores del alma suya, y en la fidelidad a sus
testamentos, órganos de su perdurable voluntad.
Juremos, pues, a los vuestros, juremos por su
memoria y por su amor, no apartarnos un ápice, ni
en los precedentes, ni en los principios, de todo quan-
to constituye nuestro patrimonio ya histórico, y
guardar fé tan escrupulosa y tenaz a la democracia
y a la República y a la libertad, de las cuales no
queremos desigir nuestros nombres, como al mé-
todo cereno evolutivo, sin el que toda la educación
popular, intentada en los años d' timos, se suspendería,
y a las transacciones y transigencias indispen-
sables para el arte político, tan complicado como
difícil, y para la solución del problema ya próximo
a resolverse, consistente de suyo en confiar el go-
bierno de los individuos a sus derechos naturales y
el gobierno de las naciones a su inmanente sobera-
nía: obra oscura, cuyas bases echamos entre las ar-
dientes lavas del volcán revolucionario con la fé de
los héroes mrtires, y cuya cúspide vamos a poner
en el cielo de la paz mas ordenada con la prudencia
y la medida digna de los verdaderos estadistas.
(Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos, que
interrumpen al orador con su estruendo largo
tiempo.)

¿Qué sería de nosotros, de nuestra confianza en
lo porvenir, sin el recuerdo de los recuerdos re-
ligiosos a lo pasado. Memoria viva la mía; nues-
tra ciudad, visitada por mí en el año que acordamos
nuestro exrégio retraimiento, generador de la re-
volución, y nuevamente visitada más tarde por mí,
el año en que sufrimos justo castigo a nuestros des-
varios, la nefasta restauración, evoca hoy con evoc-
ciones mágicas, recuerdos piadosos y melancólicos,
los cuales no pueden farsearse al recordando de lo
presente; recordos, cuya insistente renovación pro-
cura a con frecuencia para de su ejemplo extraer
una filosofía, poderosa de seguro a mantener muy
exacerbados nuestros escarmientos, que resultarían
estériles y baldíos ogaño por cierto, si después de
padecerlos tanto en una pasión de suyo tan hor-
rible como la nuestra, no supiéramos aprovecharlos
en su clarísima y reveladora enseñanza. (Muy bien.)
Los que asistimos al Génesis del espíritu democrático
en España, y presenciando sus alboros, no habiendo
abandonado este sol del nuevo día ni un segundo de
su luminosa carrera, la cual ha producido, a pesar
de tempestades y eclipses múltiples lanzados sobre
su disco espléndido, con el movimiento y con el calor
y con la luz naturales a estos astros, todos los
frutos, a cuya colectividad o conjunto llamamos pro-
greso contemporáneo, jamás olvidaremos, que si las
tierras del alto Aragón, las tierras de Huesca, pro-
dujeron los primeros mártires de la idea repú-
blica, inmolados por la oruel dictadura del onarista
y och; los nombres que brillaron en el alba de la
República, mucho antes que aquellos cinco diputa-
dos cuya importancia se nota con solo mentar dos
inmortalas, Orensé y Rivero, mucho antes de los cé-
lebres que votaron contra el trono y la dicta en el
número de treinta el 5 de noviembre de 1854, mucho
antes que los periódicos mismos del trienio exten-
dido entre la revolución del onarista y la reacción
del onarista y tres; los nombres, que primero bri-
llaron y mas ha traído en recuerdo nuestro amigo
Puigoriol, fueron ilustres nombres catalanes, Terra-
das, el propagandista de las advinaciones y de las
perasas; Ocello, el organizador de las primeras fuer-
zas populares rudimentarias; Olavé, aquel poeta mál-
sico, en quien se disputaba al saoro y antiguo ro-
manero catalán, semejante a los sedos homélicos,
entonando en las palabras y en las melodías de
nuestros progenitores lemosinos, tan ilustres y tan
inspirados, estrofas dignas de Grecia y de los grie-
gos a la patria transfigurada y a la libertad nacio-
tal; glorias como no tiene partido alguno, glorias
inmaculadas, glorias verdaderamente nuestras, re-
publicanas históricas, pues, enamorado todos es-
tos hombres gloriosos de pura y sencilla idea, no
cargaban la palabra República, no, con esas exóti-

cas sofisticas nihilistas hoy al uso, con esas pro-
pensiones al desoyuntamiento de nuestro territo-
rio tan reprobables; y se decían republicanos, repu-
blicanos siempre, republicanos solo (muchas vo-
ces, sí, sí, ¡verdad!) y sin otro apellido ni cogno-
me, recibiendo así en la genealogía de los pen-
samientos aquella herencia de grandezas por esta
forma política sembrada desde las Agoras de Ate-
nas a los esplosos de Washington, las cuales rena-
cen con los laureos de Salamina y de Platea, que
crecen cuando lloran los tiranos, en cuanto lograis
renir bajo el amparo de leyes muy obsecuidas y de
instituciones muy amplias, cierto número de ciuda-
danos libres por igual en los amplios materiales
seos de una grande nación independiente de toda
extraña ingerencia y señora y soberana y de sí mis-
ma. (Ruidosos y universales aplausos ahogan la voz
del orador.) Esta sencilla fórmula de predecesores
ilustres, tan olvidados por unos y tan desconocidos
por otros, que no han puesto sus nombres en nin-
guna conmemoración de las asambleas populares aquí
celebradas, tenían una ventaja evidente, a la cual
habrá que volver, si damos a la República todo
su precio, y toda su importancia, concentraban los
esfuerzos del partido de la reivindicación de nues-
tra forma de gobierno, sin exigirlos, como estos neo-
republicanos de ahora, tan anémicos en fé política,
ni el porzoso socialismo alemán de la cátedra
con sus entelequias metafísicas, verdaderas brujas
y deudas de las nieblas germánicas, incompati-
bles con los mares azules y los cielos claros y las
costas marmóreas y los jardines alénicos de nues-
tras tierras helénicas-latinas, ni mucho menos esta
desconstrucción de nuestra España, para de nuevo
reconstituirla por no sé qué especie de pactos, ni
con qué asistencia de notarios; como si la nación
de suyo no estuviera tan hecha y tan sólida enai esas
bases graníticas, donde se alza, y cual esas monta-
ñas que la defienden, y como si cuarenta siglos no
nos hubieran legado los nombres de Indortes, Iadi-
bil, Istolisto, Viriato, Pelayo, los Sanchos de Nava-
rra, los Fernandos de Castilla, los Alfonso de Ara-
gon, los Garcias de Galicia, los Benegueros de Ca-
stilla, los Puigares de Andalucía, los Oides y Jaime
de Valencia y Mallorca, Numanica, Regio, las
Naves, Ballen, el Bruch, Zaragoza, Gerona, catre-
llas de martirio, area de holocausto, fuego de sa-
crificios, en cuya lumbre se ha formado por ismane-
ra la patria una, que antes de nacer llevamos todos
su beso en la frente y después de morir solo dormi-
mos en paz el sueño eterno si tenemos para nues-
tras cenizas el abrigo de su saoro suelo lleno de
oresadora fecundidad y radiante de inextinguible
amor. (Frenéticos aplausos. Prolongadas aclamacio-
nes. Muchísimos oyentes se ponen en pié, y con los
peñuelos en las manos solemnizan al orador, pronun-
ciando repetidos vítores a cual más entusiastas.)

Da grima oír lo que ha dado en llamarse predica-
ción republicana reducida solamente a decir, como
la República sensata, conservadora, posible, resulta
una especie de monarquía disfrazada y loredue todo
a un cambio de poderes, cuando no a un cambio de
personas; cual si las últimas sombras de las castas
no exigieran para su desvanecimiento completo ta-
les conjuros y las nuevas formas democráticas para
su arraigo definitivo, tanos esfuerzos, que todavía
no han alcanzado, ni a escribir en el espacio aque-
lla negación y esta saludable afirmación, los pue-
blos que se llaman Italia, Alemania, Inglaterra, y
como si no costara sacrificio ninguno consolidar tras
dos experimentos infelices, y cien años de combates
titánicos, la República en el primero y más ilustre
de los pueblos europeos, en la vecina Francia.

Creo, amigos míos: como cada hombre tiene
su vocación, y cada una de las generaciones su des-
tino, y cada día su trabajo, y cada hora su pena, los
verdaderos republicanos tienen bastante con fundar
la República, y le piden tan solo que corresponda
con su naturaleza y sea el organismo viviente de la
libertad absoluta y de la democracia moderna. Un
republicano clásico, verdadero, antiguo, histórico,
no sabe qué signifi- que de contenido social, quise-
ra tan indecifrabable como el Ente Dificidado de la
vieja escolástica, ni ores que haya necesidad nin-
guna de rehacer la nación desde abajo arriba, cosa tal,
como si las criaturas hicieran al Criador y no el Cri-
ador a las criaturas, cuando España es nuestro Dios
en el mundo político y está sobre todo, y la ponemos
ante todo en la universalidad de nuestros propósitos
y en la universalidad de nuestros pensamientos.
(Bravos Aplausos.) Pero ada hay más, que os dicen
los republicanos sinceros, los republicanos antiguos,
los republicanos históricos, sin hay más, y es, que no
puede improvisarse una República, como se impro-
via una monarquía, por ganar la batalla de Quero-
nea como los macedores, por pasar el Rubicon como
lo pasó César, por dar el golpe de Brumario como lo
dió Bonaparte, por imponerla una intervención ex-
tranjera como se impuso la monarquía de los Méji-
cis en Florencia, la restauración francesa el año
quince y el absolutismo español, el año veintifres, ó
por una querrelada como las dos de Luis Napoleon
el 2 de Diciembre y de Martinez Campos aquí en Sa-
gon. (Muchos aplausos y entusiastas aclamacio-
nes.) Para una monarquía basta con que sepan los
vasallos poco más, cuanto saben los animales, ob-
secar y callar; (risas) para una República necesi-
tas que sepan los oída, anos dos artes de suyo tan di-
fíciles como, primero, gobernarse a sí mismos, y se-
gundo, gobernar a toda la nación. Y en verdad os
digo este aserismo corriente hasta resultar vulgarísi-
mo, pero cierto, como que no podemos vivir sin
aire y sin respiración; en verdad os digo que inútil-
mente intentaréis fundar un República duradera, si
no la precede una sabia educación política. Pa-
rece imposible que debamos recordar estos axiomas,
los cuales merecen el nombre de peregrinadas, pero
se necesita insistir en ellos oportuna é inoportuna-
mente.

Nuestros enemigos del alma, proceden como si no
supiesen que la República, pide antes del triunfo una
profunda y larga educación, después del triunfo, len-
to desarrollo. La segunda República francesa, con

estar fundada tras una monarquía constitucional
muy larga, y ser de suyo muy buena, digan cuanto
quieran sus detractores, se perdió por no haberla
precedido el sufragio universal; y la tercera, con venir
tras larguísima dictadura y un mal régimen, se salvó
porque se había educado en veintidos años de salu-
dables ejercicios en el sufragio universal. Un ejem-
plo todavía más práctico evidenciará esta verdad sen-
cillísima. En los Estados Unidos se fundó la Repú-
blica sin que pasara por ninguna reacción imperial,
y en los Estados mejicanos nuestros no pudo fun-
darse y establecerse definitivamente, como ya está
fundada y establecida, sin pasar por dos restaura-
ciones imperiales y por cien revoluciones armadas. En
cambio los Estados Unidos no pudieron abolir sino
muy tarde su esclavitud y pasando por una horrible
catástrofe, mientras los Estados mejicanos abolieron
su esclavitud en paz y armonía. ¿Por qué los Esta-
dos Unidos establecieron y desarrollaron su Repú-
blica sin las catástrofes de Méjico? Porque en los Es-
tados Unidos se hallaba muy educado el sentimiento
de libertad y muy establecido el gobierno de sí mis-
mos, por una larga educación parlamentaria y liberal
a la inglesa. ¿Por qué Méjico abolió la esclavitud sin
la catástrofe horrible de los Estados Unidos? Porque
Méjico tenía muy educado el sentimiento de igual-
dad, casi desconocido de los anglo-sajones, por una
larga educación española. Hé ahí por qué nosotros,
los fundadores de una institución como la Repú-
blica, debemos absorbernos ante todo y sobre todo en
la obra máxima de nuestra educación nacional. Y hé
aquí por qué, desde 1873, yo, republicano de toda la
vida y hasta la muerte, con reflexión madura y pro-
pósito deliberado, reconcentro todos mis esfuerzos,
no en improvisar de súbito la forma republicana para
que un aire caliente la traiga y otro aire frío se la
leve, como en Febrero sucede a la madrugadora flor
del almendro, sino en fundar aquellas instituciones
amplias como el Jurado popular y el sufragio univer-
sal y las libertades, así de palabra cual de reunión,
que sirven para grangearnos verdadera cultura pú-
blica nacional y apercebirnos, con lentitud, pero con
seguridad, al ejercicio continuo de los derechos indi-
viduales y a la práctica difícil pero saludable de go-
bernarnos y dirigirnos a nosotros mismos en amplia
y solidísima democracia. (Estrepitosos y prolongados
aplausos.)

Digámoslo clarísimo y alto: se nos acusa de ha-
ber envejecido. En eso está nuestro crimen. (Mu-
chas risas; aplausos.) Durante la juventud nos de-
jamos guiar de las esperanzas; durante la madu-
rez nos dejamos guiar de las experiencias. Cuando
teníamos edad y voz y condición de jóvenes apó-
stoles, fuimos apóstoles; ahora que tenemos edad y
condición de viejos estadistas, somos estadistas. El
arte más difícil no es el arte de bien morir. Al cabo
y a la postre se muere siempre de súbito, en solo
un minuto. El arte más difícil de la vida es acer-
tar a envejecer. Hablamos y procedemos como jó-
venes en las mocedades; hablamos y procedemos
como viejos en la edad proveya. Yo no quiero
lóbulo del cerebro sin asos y sin materia gris pa-
recidos a secos panales sin miel. Si nosotros hu-
biéramos muerto hace veinte años, quedaríamos en-
tre los teorizantes, los filósofos, los artistas, los
precursores, los profetas de la República, de la
democracia, de la libertad. Pero cuando ha pasado
uno por el ministerio, sea quien sea el ministro,
no puede contarse ya entre los teóricos, los reve-
ladores y los sofistas de la política, sino en el
número práctico y prosaico de los simples funcio-
narios, debiendo decir, a no estar loco, las resis-
tencias de verdadera fuerza que le ha opuesto la
realidad y las ideas de su antiguo credo que le pa-
recen irreales, los procedimientos que le pa-
recen imposibles. ¡Ahí señores, los hombres que han
tenido en su vida dos ideales contradictorios, no
modifican aquel que han aceptado en el segundo
período de su edad, y que resulta el amor supremo de
su vejez y el testamento necesario de su postrera
voluntad. Por ejemplo Lammenais, que pertenecía
en la primera mitad de su vida con verdadera con-
vicción al partido ultramontano, y en la segunda
edad al partido democrata, no, no pudo llevar a su
idea las alteraciones de su edad y las fases de su vida;
fue en política democrática lo que llamamos en so-
ciedad un viejo verde. Thiers, que perteneció en la
parte más larga de su vida por completo a la mo-
narquía constitucional, y en la parte más suprema
y breve a la República democrática, no pudo cam-
biar, no pudo modificarse, no pudo rectificar su
sentido en este segundo período. Pero aquellos
hombres, que han pertenecido a dos generaciones
políticas, teniendo un solo ideal como nosotros, y
han pasado por zonas tan opuestas como la teoría
y el gobierno, tienen que modificarse hondamente
a sí mismos y modificar su ideal si no quieren quedar
entre los desertores y los apostatas. Nosotros no so-
mos culpados de que a los ideales políticos les suce-
da lo mismo que a los elementos naturales; todos
vivifican, si limitados y medidos; todos matan, si
extremos y excesivos. Respecto a este punto, recuer-
do un apólogo inglés de mucha filosofía. Oído. Es
calor la vida y este calor proviene del fuego. Pues
mucho, mucho, mucho fuego, (dices un exagerado in-
transigente) ¡Ah! no, no, no, exclaman los expertos
y sensatos. Ponedlo en cierta cantidad a vuestra chi-
meuse y os calentará el hogar; aplicado con me-
suras en la cocina y os cocerá los alimentos; con-
tenido en vuestras lámparas y os ahuyentará la no-
che; pero, si no lo distribís con proporción y no
lo usáis con prudencia, se volverá contra vosotros
mismos, y produciendo un asolador incendio, abra-
saré vuestra casa y consumirá vuestra vida. Y lo
que decimos del fuego, decimos del aire; bueno, si
atmósfera pura, malo, si huraan desatado; deci-
mos del agua, buena en el vaso para bebida, mala
en los diluvios é inundaciones; decimos de la tierra,
buena, cuando firme nos mantiene; mala, cuando
convulsa nos devora. Como las ideas se definen por
sus contrarias, las ideas se realizan por sus límites.
Allá en la inteligencia de un teorizante y de un filósofo
pueden estar en toda su pureza, vírgenes, coe-

Ayuntamiento de Madrid

Pero ¿qué más? Ellos, que tanto nos critican la inteligencia con los fusionistas, entraron como doctrineros en una coalición electoral contra los conservadores, cuyo fin y objeto capitales consistían en derribar al gobierno existente por los medios legales y por los medios ilegales sustituir un gobierno de fusión. ¿Y por qué hay tanta diferencia entre sus palabras y sus hechos? Porque las palabras suyas responden a conceptos subjetivos de sus individuales inteligencias, y los hechos entran en la ley universal de la política. Es como si quisieran construir un motor de agua y diertaran contra las leyes hidráulicas. Mientras no lo hicieran más que ideal, podían muy bien imaginarse milagrosos y extraordinarios allí en su idea. Mas así que intentaron darle un viso de realidad, habían de someterse a leyes que no pueden de manera ninguna variarse. Cuando hablaban, en las arbitrariedades abstractas de su pensamiento nos criticaban, pero cuando hacen algo, en sus prácticas y procedimientos nos copian. ¿Por qué? Porque nuestro sistema es un sistema objetivo congruente con toda la legislación real de los hechos y de las cosas, que nos enseña el movimiento de las sociedades humanas y nos demuestra y certifica el último juicio de la Historia. (Muchos aplausos, exclamaciones de asentimiento.)

En vista de todo esto me permitiréis que, poniendo a un lado los libros de caballería más ó menos realizables, os comunique mi pensamiento sobre los problemas de urgencia. Para mí hay tres cuestiones de magnitud: primera la cuestión económica; segunda la cuestión militar; tercera la cuestión política. No conozco idea más admitida por todos y más falsa de suyo que la empeñada en aislar las cuestiones económicas y las cuestiones administrativas de las cuestiones políticas. Si á un animal carnívoro le pusierais el estómago de un animal rumiante ¿para qué le serviría? Si á un pájaro artista, como el rei señor, le pusierais las garras de un ave rapasa como el águila ¿en qué las emplearía? Preciso primero saber la política y después de saber la política, sabremos la economía, con ella correlativa y congruente. Si yo quiero una política de resistencia en lo interior y una política de aventuras en lo exterior, evidente que necesito, en vez de armada y ejércitos de defensas, ejército y armada de ataque; y si yo necesito armada y ejércitos de alto contingente para el orden público y de no menor contingente para la guerra europea, evidentemente que debo apañar un gran presupuesto y sacar de mis vejámenes y de mis imposiciones sobre los contribuyentes. El gran economista Magliani pudo muy bien suprimir su curso forzoso al papel moneda, y cortar el odioso impuesto sobre la molenda, presentando unos presupuestos con *superavit*. Y pudo presentar unos presupuestos con *superavit*, porque Italia se redujo entonces á una política de concentración en el mismo y de progreso interior. Pero, en cuanto le dió á Italia esa luna de la política colonial y de las alianzas continentales, el presupuesto italiano, sometido á la misma dirección de un economista incomparable, tiende al déficit: que nadie sepa dinero de donde no hay dinero, ni cohonesto y compadecido gastos con ahorros. Luego todo buen plan económico exige dos cosas, estabilidad en el gobierno, paz en el pueblo. Pudo el jefe de los liberales belgas, el ilustre amigo mío Frere-Orban, abolir los consumos para el Estado porque fué ministro de Hacienda estoroso años seguidos, sobre un pueblo que gozaba paz y libertad completas. ¿Pero qué demonios de economías podía yo dar á mi gobierno, con la fiebre aguda del cantonalismo en las regiones meridionales y la frialdad mortal del carlismo en las regiones del Norte? Una de las mayores desventajas que trae consigo un estado de guerra y de revolución como aquel nuestro en 1873 y 1874, es la imposibilidad absoluta de tener un presupuesto. ¿Qué presupuesto cabe cuando en tres meses gastais quinientos millones extraordinarios para la guerra sobre lo contenido en el ordinario presupuesto? Así nosotros pusimos contribución hasta sobre las molénas del aire, y aquel excesivo vigor nuestro, salvó en lo posible patria y Hacienda. Pero si quereis buena economía, pedid estabilidad en los gobiernos y paz en los pueblos. Y para que haya estabilidad en los gobiernos y paz en los pueblos necesitase que aquellos se funden á una en la voluntad y opinión de éstos. Y para conocer la voluntad verdadera del pueblo no se ha inventado ningún otro medio, ni lo hay en la tierra más que uno, el sufragio universal. Hé aquí por qué se halla para mí encerrado en las leyes referentes al sufragio, todo el problema político, absolutamente todo el problema político. El pueblo español, que si quiere á la verdad, quiere de veras, impondrá su idea y su voluntad en los comicios. Y como no hay medio de faltaros una voluntad contra la voluntad pública, quienes tengan esta voluntad concluirán por gobernar; y quienes por su mal, no la tengan, de seguro harán lo posible por ganársela, huyendo como del peor mal, de todo aquello que trascienda en lo más mínimo á falsear esa voluntad soberana y omnímoda.

Aquí me hallo frente á frente con las afirmaciones del partido conservador, dichas por los elocuentísimos labios de su ilustre jefe. Ante una gran Asamblea de conservadores ha atacado con soberana elocuencia nuestros principios; ante una gran Asamblea de republicanos, con menos elocuencia, pero con igual convicción, los defendiendo. Cuatro grandes afirmaciones hay en el discurso antedicho que se refieren á mi pensamiento y que contradicen mi juicio: (Atención: el congreso escuchaba con marcial interés.) Yo derivó la situación política, hoy dominante, no de la muerte del rei; de la coalición electoral de los partidos liberales. Para mí la sociedad, por esos procedimientos parecidos á los procedimientos de la Naturaleza, que parecen revelaciones, produjo, antes de que muriera con el rei, la dirección antigua monárquica transformada en cosa tan impersonal como la regencia, un organismo director de la próxima situación política. El día que ganamos las elecciones de Madrid, el partido conservador estaba vencido, y el día que triunfamos en forma concurrió el credo nuevo, encerrado en sus órdenes el principio democrático por excelencia, el sufragio universal, estaba hecho y arreglado la institución indispensable. Y el jefe de los conservadores dice, como si dijera cosa muy alarmante: Sabed que nos hallamos con un gobierno de coalición. ¿Y qué? Un gobierno de coalición se impone ahora, no en España, en todas partes, dada la crisis porque atraviesa Europa y en la transición donde nos encontramos. Gobierno de coalición el gobierno francés entre radicales y oportunistas; gobierno de coalición el gobierno italiano entre demócratas puros y liberales templados; gobierno de coalición el gobierno británico entre viejos torpes casi reaccionarios y demócratas disidentes de Gladstone casi republicanos; pues no teniendo la sociedad muy determinado y concreto el ideal suyo, necesita esta clase de gobiernos mixtos que se pueñen factores de lo presente y de lo porvenir con la proporción debida, según su importancia y su número. El partido conservador no puede venir, porque no puede formar una coalición. Si la formase con su derecho, con las gentes que pensaran en su intransigencia carlista, como el partido liberal ha podido formarse con su izquierda, con muchos elementos demócratas, sobre todo, el partido conservador tendría una fuerza y una importancia de que hoy carece. La nación española necesita saber que las propensiones á la derecha no traerán la reacción, como sabe ya que las propensiones á la

izquierda no traen la revolución. Y esta irrefragable afirmación mia respecto á la imposibilidad completa de las revoluciones bajo los liberales, desafia y con razón á los conservadores; porque no pueden volver, no volverán al gobierno como nosotros no los llevemos de la mano con alocuciones y pronunciamientos estériles. Así, el jefe de los conservadores, aludiendo insistentemente á mi persona, dijo cómo se gozaba de más orden bajo su gobierno que bajo el gobierno liberal.

Yo lo niego en absoluto. Guárdasenos Dios de imputar las catástrofes, con que la ciega Naturaleza muchas veces nos aflige, á mala ventura del partido conservador. Pero había una coincidencia extraña en su ministerio último: la coincidencia de haber aparecido por las cimas del gobierno la secta neo católica y ultramontana, quien, según lo lleva y lo trae y lo invoca, debe tener mucha mano con Dios. Y á pesar de hallarnos bajo el gobierno de los santos, Dios llegó á entorpecer por tal modo con un pueblo, que las tierras se abrieran para vomitar á los muertos y enterrar á los vivos; mientras los aires, esos laboratorios de la vida, se llenaron á una con miasmas de peste, y nos trajeron, en vez de la lluvia que refrigeraba y del aura que vivifica, la ruina y la desolación. Pero, dejando esto aparte, los conflictos crucientísimos en el claustro de la Universidad, los paseos frecuentes de la guarnición por calles y plazas en Madrid, aquellas elecciones municipales que tanto encendieron los ánimos, el cierre universal de las tiendas que produjo una manifestación aterradora y sin igual, hechos como el fusilamiento de Mangado y la cruel sentencia caída sobre los infelices de Santa Coloma de Feres, la noche terrible y aterradora en que pudo venir sobre nosotros un 4 de Setiembre, las angustias pasadas entre aquel 4 de Setiembre y el 25 de Noviembre, terrible período de zozobras en que una parte del clero y otra parte del ejército conspiraban, el partido conservador nos trajera mal de su grado ciertamente, á una situación agudísima de carácter verdaderamente revolucionario, que sólo pudo calmarse y hasta desvanecerse merced á otra política más liberal y más en armonía y concordancia con aquello que forma el oxígeno de nuestro aire, con la democracia moderna. Delante de tales hechos yo considero cosa de importancia esencialísima el diez y nueve de Setiembre. Aquello fué una conjuración, aquello no fué una revolución, y las conjuraciones marcan siempre cuando no las ayuda un estado circunstante de desasosiego y de revolución. Pero las manifestaciones de la Universidad, el cierre de las tiendas por el comercio, la noche del conflicto de las Carolinas, fueron una verdadera revolución política, no consajada y cristalizada ninguna de ellas, por haberse cambiado la complejidad revolucionaria de las democracias modernas en complejidad jurídica y por no haber ya partidos en España que se arriesguen á tomar el gobierno de las asonadas militares y de los motines callejeros. No dudo que haya conjuraciones hoy, como las habrá mientras no pierda España por completo su viejo carácter abolicionista. Conspiran los carlistas, conspiran los restos de la política española que no quieren renunciar al método de los pronunciamientos, conspira, dicen, como según hemos visto en la tribuna, hasta una parte de la corte y hasta unos altos individuos de la familia real; pero esas conjuraciones, faltas del ambiente revolucionario, conjurado por la libertad y por la democracia, no pueden prosperar de ningún modo como prosperarían, si, para desgracia de todos, cayésemos en una ciega y soberbia política de resistencia y de reacción. (Aplausos prolongados. El auditorio entusiasmado interrumpe con repetidas salvas de aplausos al orador.)

Hé aquí por qué yo quiero la soberanía nacional inmanente; yo quiero que provenga el gobierno de Cámaras elegidas libremente por los comicios, y los comicios se formen por todos los ciudadanos, y se funden sobre las bases amplísimas del sufragio universal. Este gobierno de la soberanía nacional permanente, lo digo con franqueza y sinceridad, existe hoy mismo en pueblos monárquicos en Bélgica, Holanda, Hungría Italia y en el mayor de todos ellos, en la parlamentaria y nunca bastante admirada Inglaterra. Allí, en esos pueblos, el rei puede ser enemigo de sus ministros, y los ministros conformarse con la enemistad implacable del rei, mientras los votos y lo mantenga el Parlamento. Así puede ser ministro del rei de Italia un héroe soldado de Garibaldi, como Orsini; ministro del rei de Bélgica un hombre que lo amezco con la suerte de Luis XVI en cierto arrebatado parlamentario; ministro del rei de Hungría un discípulo de Kossuth muy glorioso con sus principios y con su historia; ministro de la reina de Inglaterra un orador que le había regateado su presupuesto, y había tenido el atrevimiento de proponer que se levantara una estatua en las calles de Londres al gran conspirador llamado Mazzini. La monarquía moderna inglesa hubiera perecido en este siglo, como pereció la monarquía estuarda en el siglo décimo séptimo, si no adriera al trono una mujer como la reina Victoria. Los Jorges de Hannover, con especialidad Jorge IV, habrían acabado con la monarquía británica por su política personal, como acabaron con la vieja monarquía estuarda Carlos y Jacobo II. Hála conservado Victoria, por haber patentemente perdido todo poder y hasta toda influencia. La reina de Inglaterra no tiene la facultad del último amor de casa en su patria; no puede nombrar sus domésticos. La reina de Inglaterra no designa sus ministros, á veces no los conoce. La reina de Inglaterra no tiene veto. La reina de Inglaterra puede dirigir una carta de su puño y letra contra los ministros á un ciudadano cualquiera, sin que por eso los ministros dimitan. La reina Victoria está por una larga tradición acostumbrada, y no la desmentirá jamás, á que designe en los comicios el Parlamento y el Parlamento los ministros. Así pueden ser allí ministros de la reina Victoria, sin desmoronarse, republicanos como Bright, Dilke y Chamberlain. Yo creo que la salvación de nuestra patria se halla en que las asambleas populares nombren los Parlamentos y el Parlamento nombre á los ministros por el método y uso británico. Pero esto desata por completo á los conservadores, el que la monarquía pierda su poder y guarde sus blasones. Ellos tenían otra concepción monárquica naturalmente; no renuncian al gobierno parlamentario, porque, grandes oradores, conocen que allí está su fuerza, y que hasta la cantidad mínima de libertades por ellos propiada, y los escasos derechos por ellos mantenidos, necesitan imponerse á las coronas por medio de los Parlamentos. Pero, haciendo del viejo sistema doctrinario una especie de Koran, declaran superior y anterior, la monarquía, señores, ¡qué absurdo! á la nación misma, y el rei, elemento conestencial con las Cortes. De aquí una doctrina, completamente contradictoria con la doctrina inglesa, con la doctrina italiana, con la doctrina belga, con la doctrina húngara; una doctrina que somete la nación y las Cortes al rei, en vez de someter el rei á la nación y á las Cortes. En el concepto de la monarquía restaurada hubo algo siempre de imperio alemán. El caso prusiano, puesto sobre la cabeza del rei, significó algo más que una prenda militar, significó el símbolo de aquella monarquía. Y, la prueba se halla, prueba manifiesta, en que dieron los conservadores una ley militar, mediante la cual gran parte de los derechos parlamentarios sobre todas las fuerzas armadas, pasaron á manos del rei. Así llegó un día yo á decir que, siendo para el rei el ejército, lo pagara de su lista civil. El poder de D. Alfonso fué siempre un poder personal, templado por una historia y por una

inteligencia parlamentaria de primer orden, que tomaba, sin embargo, aspectos de canchallero. La concepción monárquica de hoy debe ser aquella que, formulada así en la primera sesión de la Cámara del 76, al votarse á la corona el mensaje. Yo me limito á trabajar porque predomine el poder parlamentario sobre todos los poderes públicos. Esta fórmula no la puedo aplicar yo, porque yo no puedo ser ni ministro, ni presidente del Consejo en ninguna monarquía, tenaz republicano. Pero puede y debe aplicarla el partido liberal. Creado de un republicano, el cual puede repetir aquí los célebres versos del Rabi Don Benob: «No desechéis las verdades buenas por las deir judío.»

Esta es la fórmula de Argüelles, la fórmula de Ochoaga, la fórmula viva que mantenia y aplicaba la general Espartero, la fórmula en que se hallan asentadas la Constitución del 12, del 87, del 56 y del 69; la fórmula única en cuya virtud pueden llamarse con algún decoro monárquicos en el día, viejos y probados demócratas. El jefe de los partidos conservadores, al plañer como se ha plañido, con tanta tristeza, de que la monarquía pierda el carácter prestado por él y por el rei Alfonso XII á la restauración alfonsina, desconoce una verdad, que mil veces le habian dicho con sus respectivos maravillosos géneros de verdadera elocuencia los señores Mártes y Sgasta, desconoce que aquel se convirtió á la monarquía, si, pero á la monarquía democrática, y que éste aceptó la Constitución del 76, si, pero manteniéndola é interpretándola con el espíritu propio de la Constitución del 69. Y esto es tan cierto, que constituye la única explicación posible de lo que ha dado en llamarse pacto del Pardo. No hay tal pacto, ni tales carneros. El jefe de los conservadores sabe, pero no dice, no, porque no conviene á su táctica y estrategia, la filosofía de la escena del Pardo. Al morir Alfonso XII murió, como el morir el último rei Hannover, el resto de monarquía personal que aún quedaba en nuestra patria, la monarquía proclamada en Sagunto, y al ascender la reina Cristina, en virtud de la Constitución y de las leyes, se cendió con ella, como al reinado de Victoria en Inglaterra, el primer símbolo de la monarquía parlamentaria. Yo sé que con esto desconsuelo mucho al jefe de los conservadores, cuya oración adolece de notas tristes, dichas, como lo dice todo él, con robusta y poderosa elocuencia. Pero amigo suyo de la infancia, quiero darle un consuelo. Con su teoría, con la doctrina de una realeza eminentísima y una constitución interna, el poder real brillará más, pero durará menos. Con la teoría de los demócratas y de los liberales, con esa teoría considerada por el jefe de los conservadores como esencialmente monárquica, el poder real brillará menos, pero durará más. No hay que fiar en las personas. Mi por tantos títulos ilustre amigo, puso todas sus teorías en la cabeza de un joven casi niño, que parecía predestinado á sobrevivirnos, hasta sunder á la vieja é histórica generación republicana. Y el rei se le murió. Un día, que trataba él de las grandezas personales de D. Alfonso XII, yo le dije, ha recordado ahora, estas palabras: «Señor presidente del Consejo, un profeta dijo: «solo Dios es grande.» Pues yo digo: «sólomente la nación es grande, sólomente la nación es soberana, y sobre todo, señor presidente del Consejo, sólomente la nación es inmortal.» En efecto, Dios confundió en el Pardo la sofistería doctrinaria: Dios castigó á los sofistas. La nación pudo salvarse sin el rei, sin poder personal, por su respeto á las leyes impersonales. (Aclamaciones y aplausos entusiastas y estrepitosos.)

Y nación que ha pasado por aquella crisis en esperada, súbita, sin alterarse, muestra onanto orgullo en sus fuerzas y de qué suerte merece gobernarse y dirigirse á sí misma. Y como esta nación sea, no sólo por su temperamento, sino también por su historia una democracia, precisa reconocer aquel medio propio de manifestar su voluntad las democracias, precisa reconocer á toda prisa y á todo evento el sufragio universal. Mas, desconocedor el partido que cree representar la idea conservadora, desconocedor del carácter nacional, atribuye con cierto dejo amarguismo de ironía todo el entusiasmo sentido por el pueblo hacia esta reforma, lo atribuye, digo á un empeño delacamear como de presentar la como panacea universal. Yo jamás he presentado como panacea ninguno de mis principios, ni la democracia, ni la República, ni el sufragio universal. Créolos aquejados todos ellos de las contingencias que acompañan á la naturaleza humana y susceptibles de que los eclipses y oscuridad el nefasto elemento llamado por mí con más ó menos propiedad impureza nativa de toda realidad. Pero yo sostengo que hallándose fundada la civilización moderna en principios comunes á todas las naciones, como sucedió cuando toda ella estaba fundada en el imperio romano, en la teocracia pontificia, en el feudalismo germánico, en los municipios y en las Cortes de los postreros siglos medios, en las monarquías absolutas, hallándose fundada Europa en esta solidaridad, y siendo España, más que ninguna otra nación, una verdadera democracia, el sufragio universal escrito en todas las constituciones americanas desde la Virginia á la Patagonia; generador de las instituciones francesas y de las instituciones alemanas; base firmísima en la cual descansan monarquías como las que van naciendo en Oriente y Repúblicas como las que remata y corona con sus esplendores la cima de los Alpes; generador de la Hungría independiente así como de la Italia una; medio por el cual se ha consagrado la emancipación de Milán, de Venecia, de Roma, el sufragio universal que nos dieron ya las inmortales Cortes del año 12, y que nos restauraron los no ménos gloriosos del año 69, ha de implantarse por necesidad y sin remedio sino queremos resaca en las antiguas fiebres revolucionarias, y queremos asentar sobre los fundamentos del suelo nacional en esas bases grandísimas de la incontrastable voluntad popular, el régimen definitivo de nuestro imprescriptible derecho. Esta verdad incontrastable ha sido en la ocasión que recuerdo contestada. Se ha dicho con olvido, por historiador tan exigio, de la peregrinidad que reina sobre todos los ánimos en estos períodos de transición, que había votado la dinastía extranjera, la República democrática y la Restauración borbónica. Pero luego, como queriendo extorcerlo de esta última falta, como queriendo redimirlo de este último pecado, el jefe de los conservadores anunció con una lealtad y franqueza dignas de todo encomio, que habíasido mentira el sufragio universal en su tiempo y por consiguiente no había votado aquel su increíble suicidio, la monarquía restaurada. Pero aquí hay una singularidad desconocida en la historia hoy; el sufragio universal no puede tomarse como bueno porque se halla expuesto á falsificaciones; peregrina cosa, anal si os dijera desear una moneda corriente y áurea porque hay en el mundo falsificaciones. Se falsifica la plata, el oro, todo lo bueno, y por eso á nadie se le ha ocurrido jamás decir que deban desecharse como signos de la circulación y del cambio, como precio de las cosas, como representantes de todos los valores. Y el sufragio restringido ¿no se amaña, no se falsifica jamás? Yo no recuerdo Cortes á las cuales no se les haya dicho en los temas más varios y por los oídos más opuestos, que fueron torcemente amañadas por la falsificación universal. Y á quién se le ocurrió jamás, que por esta razón las Cortes debían ser abolidas? Abolidas, abolidas, aún después de haberlas llamado falsificadas y si quereis falsificadoras, y vereis cómo se levantan de nuestros arruinados municipios y de nuestras gloriosas tradiciones,

como invoca España sus Lunas y sus Padillas, porque las defendieron aunque no las salvaron; cómo aquel día en que unos reyes infames vendieron en Bayona la nación al extranjero, las Cortes se congregan en Cádiz y nos salvan; vereis como después de haber perseguido á sus más ilustres representantes en la infame reacción del 14, todavía nuevamente reaparecen á la voz de Riego, y acaban así con la Santa Alianza de los déspotas como con la reacción francesa herida en el Trocadero de muerte, y esparcen los gérmenes de libertad en Italia, y aguijonean la independencia de Grecia, sin que la infame traición del 23 pudiera matarlas, porque al renacer de nuevo el pueblo español y sentir los ardores de los grandes sentimientos modernos en su corazón, las Cortes se han reunido siempre invocadas por el pueblo, y donde quiera que se han reunido, han salvado siempre la libertad y la patria. Yo le digo al jefe de los conservadores que todo cuanto ha pasado con las Cortes, inmortales, á pesar de las alteraciones sufridas, pasará con el sufragio universal. El pueblo español lo quiere y no hay más remedio que cumplir la voluntad del pueblo. Cuando se funde sobre base tan progresiva y amplia, sólido será; cuando se funde contra base tan progresiva y amplia perecerá sin remedio. Ese comicio, el sufragio universal, nos desahoga de la fiebre revolucionaria y nos trae una tempestad exactitud al tráfico y reinado de la democracia pacífica. No tiene más remedio el partido conservador que partir del sufragio universal, gobernar con el sufragio universal, ó perecer para siempre. Necesita para su bien y para bien de la patria esta inevitable transformación. Yo me la prometo con grandísimo placer y la esperaré con atento cuidado un día de las últimas palabras pronunciadas por el jefe de los conservadores en la maravillosa discusión del último mensaje. Hay que partir para las épocas conservadoras como en Inglaterra, de todo cuanto hagan las épocas liberales. Y el jefe de los conservadores grita: «¿no pide una apostasía.» Esa palabra sienta bien allá en labios de utopistas; esa palabra no sienta jamás en los labios de un hombre de Estado. Son apostatas aquellos que pasan de una tendencia á otras tendencias radicalmente opuestas y contrarias. Pero los que acomodan su tendencia histórica y natural á los principios y á los hechos inevitables, esos no son apostatas. Nadie ha llamado apostata jamás á Gambetta, sino algún demagogo demente, porque partidario de la separación entre la Iglesia y el Estado aceptara el Patronato y el presupuesto eclesiástico y el régimen concordatario. Nadie creará no, á los conservadores apostatas porque gobiernen con el sufragio universal. Pero dicen ellos por boca de su jefe tan autorizada, hay quien se propone arrojarlos para siempre del gobierno. ¿Cómo se dice tal cosa delante de demócratas? No obstante lo muy lejos que vá quedándose de la vigente legalidad el partido conservador, nosotros jamás le llamaremos partido anti legal como no se alce por su monarquía semi absoluta en armas y en rebelión. Nosotros llevamos en la bandera el mote aquel humanitario con que los mártires poloneses desafiaban á «sus verdugos los moscovitas: «¡peleamos por vuestra libertad y por la nuestra.» Nosotros queremos la imprenta libre y que los conservadores tengan cuantos periódicos les plazca; nosotros el Jurado popular y que los conservadores jueguen; nosotros el sufragio universal y que los conservadores voten. Lo que nosotros no queremos es que llegue el partido conservador hoy á interrumpir la obra del sufragio universal y que después de dado el sufragio universal nos venga el partido conservador á falsificarlo como diz que lo falsificó en las primeras Cortes de la Restauración. Cuando se trata de una reforma tan grave hay que proceder con toda lealtad. (Muchos aplausos.)

Y á esto dicen ¿pero vamos á quedarnos nosotros fuera del gobierno diez ó doce años? A esto no se que responder. Se me ocurre tan sólo enojar me de hombres. Pues qué nosotros los feroces republicanos no estamos hace quince años fuera del gobierno y nunca nos quejamos? ¿Perteneceñen ellos como los patrios romanos á las mayores gentes y nosotros á las gentes menores? ¿Han salido ellos de la cabeza de Brama y nosotros de sus pies? (Movimiento de impaciencia en el público que á duras penas ahoga sus bravos y que al cabo estalla en estrepitosos aplausos que interrumpen al orador.) ¡Cuál aptitud para el gobierno llevan en su sangre que no tengamos nosotros? «¡Cuál privilegio tuvieron que yo no gocé jamás!» (Aplausos y bravos.) Gobernarán cuando la nación los necesite y los llame y dejarán de gobernar cuando la nación los condene y repela. No hay más juez ya, que la nación en nuestros litigios y solamente la nación es verdadera soberana. Sucede ahora que la liturgia de los conservadores se ha conculuido y ellos no quieren oírlo. Opuestos á la libertad de imprenta y de enseñanza y de reunión decían, que todos estos principios iban á traer diarias perturbaciones y no han traído ninguna. Pues lo mismo pasará con el sufragio universal, exactamente lo mismo. El pueblo español ha entrado en su madurez y es apto ya para gobernarse á sí mismo. Por tanto no podemos tolerar sin una protesta enérgica la desdichada frase de que desea la papeleta del voto para darse la vil satisfacción de venderla. (Grandes aclamaciones.) Protesto contra esas palabras, y protesto con sobriedad por no querer exacerbar los ánimos ni agravarlos. Cuando se oree todo eso es necesario no llamar al pueblo á las armas. Hay una intervención ó una invasión extraña, traidora, felonísima y reprobable la independencia nacional con la sangre del pueblo; hay una guerra civil engendrada por la superstición mantenida por el fanatismo y llamais á las puertas de las cosas del pueblo para que os entreguen sus hijos á fin de salvar la libertad más cara que la vida; está el filibustero americano empeñado en la obra imposible de extinguir los reflejos del génio español allí donde será siempre inextinguible, en el Atlántico y de arrebatarnos las islas, testimonios vivos de nuestra grandeza engarzadas en el azul golfo mejicano como anillo nupcial entre el viejo continente y la joven América, y mandais al pueblo á que luche no con los hombres, fácilmente vencibles, sino con los invencibles elementos, con la fiebre disuelta en los aires, con el vómito disuelto en las aguas, con los rayos de un sol tropical, con los mortales vapores henchidos por los venenosos miasmas de la mangnigua, y sois tan orneles que después de haber amasado el sacro suelo de esta patria con la sangre del pueblo y hecho fundamento de vuestros mismos hogares los blancos huesos del pueblo esparcidos en todos los campos de batalla, conocidas las competencias guerreras y reanudadas las competencias pacíficas creéis indignos é incapaces de dar un voto por la patria y por las leyes á los mismos que dan por la patria y por las leyes toda su existencia. (Extraordinaria emoción en el auditorio, que prorrumpe en atronadores aplausos, bravos y vivas á Castelar y á la libertad. Casi en masa el auditorio se levantó y subido en los bancos agitaba los pañuelos, y reanudaba antes de acabar la salva de aplausos ó de los vivos.)

El sufragio universal tiene la inmensa ventaja para mí de que resuelve la cuestión política. Dotados los ciudadanos españoles de sus derechos naturales, tanto por leyes como por costumbres inmemoriales, y dotada la nación española de su inmanente soberanía por el sufragio de todos sus hijos, no queda ni el más leve pretexto á las agitaciones revolucionarias, ni el menor abrigo á las descomulgadas utopías. Por consecuencia, tenemos resuelto con tal ventaja

Avantamiento de Madrid

progresiva el problema político, y reconstituidos los inmortales principios de Septiembre. Por la profunda convicción mía de que, resolviendo el problema político, se resuelven todos los problemas, he me opuesto con todas mis fuerzas a la prelación del problema militar. Tal opinión acaba de traerme grandes disgustos, que yo acepto sin dificultad ninguna, porque todo amargor se torna dulzura, cuando cree uno sufrir por la libertad y por la patria. Los impacientes por la solución inmediata del problema militar, dicen a todo decir, y con esto se creen oñonostar hasta una medida dictatorial y revolucionaria, que las reformas militares son reformas democráticas. Lo niego en absoluto. El ejército está organizado bajo los mismos principios en Suiza y en Rusia, en los Estados Unidos de América y en la monarquía de Inglaterra. Desde el punto y hora que seis militar, lo quiera lo seáis, la ordenanza, la disciplina, la obediencia pasiva se os impone con imposición incontestable. No están fundadas las fuerzas militares en ningún principio democrático. La democracia es libertad, el ejército autoridad; la democracia obediencia voluntaria, el ejército fuerza obediencia; la democracia derecho, el ejército disciplina; la democracia va en todas partes a la imprecindible abrogación de la pena capital, el ejército a la sostenencia y sobre su rigor fundarse. No se diferencia hoy en cosa alguna el ejército de la República francesa y el ejército de la monarquía germana. Difieren las costumbres, no difiere la organización entre ambos. Así no debemos considerar el ejército, ni como de la escuela democrática, ni como de la escuela reaccionaria, ni como de la escuela conservadora. En que los órganos cumplan su respectivo ministerio se funda la salud, la regularidad y el consorcio y armonía del organismo humano. No se puede pensar, sino con el cerebro; no se puede digerir sino con el estómago. No le veáis ideas al órgano que distribuye la sangre, ni sea la piedad al órgano que segregue la baba. No debe ser el ejército, ni demócrata, ni fascista, ni conservador, ni republicano. Tenemos todos igual necesidad, igual, de un concurso, y hemos necesidad todos de organizarnos con arreglo a principios exclusivamente suyos, técnicos, científicos y no con arreglo a nuestras ideas de esta, y no con arreglo a nuestras pasiones del momento, y no con arreglo a nuestros intereses de partido. Se diferencian en una cosa los ejércitos europeos y americanos; en lo que podemos llamar modo de reclutamiento. Hay ejércitos voluntarios, como el ejército de Inglaterra, y hay ejércitos forzados, como el ejército universal obligatorio, como el ejército de Alemania; y hay ejército en parte forzoso y en parte voluntario como nuestro ejército de ahora, compuesto de dos fracciones, una fracción llevada por las quintas, y de otra fracción llevada por las redenciones. Yo confieso preferir a todo, el servicio universal obligatorio. Yo declaro que me parece una compensación indispensable al sufragio universal, el servicio universal. Yo creo que concluirán las legislaciones futuras por hacer obligatorio a los ciudadanos el sufragio y el servicio. En este punto no he tenido jamás vacilación alguna. Pero yo declaro, que no puede ser en la historia de nuestra democracia el obligatorio servicio, un principio de escuela y de partido. Con decir que lo tienen los alemanes y que lo tienen los suizos, está dicho todo respecto de la indiferencia política en tal organismo. Con decir que una parte considerable del partido republicano conservador y otra parte considerable del partido republicano federal quieren el servicio voluntario, he dicho que no podemos aducir el forzoso y el universal como un dogma de nuestro partido. Nosotros, los demócratas republicanos históricos, realizamos el servicio universal forzoso, cumpliendo así las leyes en hora bien terribles y angustiosísimas. Se necesita pasar por esta reforma, que los demócratas monárquicos abolieron, en cuanto llegaron al poder tras el 3 de Enero, para comprender su justicia intrínseca y con ella comprender también su enorme dificultad. Envanecíame yo mucho de ver todas las clases en el ejército y soldados rasos acompañando en coche o a pie a las más nobles damas. También recuerdo haber pasado meses enteros en escuchar las quejas de las madres de familias, que se amotinaban contra la reforma, y recuerdo haber aplaudido con viveza y entusiasmo las medidas rigurosas adoptadas para conjurar las numerosas y falsas excepciones por el ministerio de la Gobernación. Todo esto me hizo creer entonces, no obstante mis rigores en cumplir la ley, como cumplí todas las leyes, que se necesitaba preparar mucho este mejoramiento social, a la falta de oportunidad en su realización práctica no había de frustrarlo, a lo menos detenerlo por mucho tiempo, pues la experiencia decide más de las cosas políticas que la teoría en este nuestro bajo mundo.

Confieso mi falta. Yo había caído con otro género de soluciones para la cuestión del ejército. Cuando el Sr. Sagasta vino a Barcelona, y pronunció aquel admirable discurso sobre la enseñanza que nos traían las escuadras, vistas en sueños fatídicos oñonostándose por los mares, congregadas en una obra de paz, y no en una obra de guerra, oí yo que le tentaría la noble ambición de iniciar una política de verdaderas enseñanzas y ejemplo universal, para la que nadie tiene hoy las facilidades que nosotros tenemos, la política del desarme internacional. En ese momento el mundo europeo bajo la lumen pesadumbre de sus armamentos. Nadie puede hoy desarmar, nadie, por el recelo que tienen unos vecinos de otros vecinos. El único pueblo continental capaz de un régimen de desarme, es el pueblo español. Nadie ha prestado, nadie, de todos los partidos vivientes, las armas españolas, al ejército español entero, los innumerables servicios que nosotros, los republicanos hispanos. Una larga quimica, producto natural de las revoluciones, lo había casi disuelto cuando llegamos al gobierno. Sin cuerpo facultativo de Artillería, sin ordenanza, sin disciplina, indisciplinado por las calles de Barcelona y de otras ciudades; gritando los soldados, como toda España lo echaba, galones y estrellas abajo; desconociendo el respeto a los jefes; acabada la gerarquía; muerto Cabrinetti, más al abandono de los ayos que al amparo de los caristas; fallado un coronel de infantería en Sagunto por sus propias tropas; nosotros reestablecimos la disciplina, nosotros aplicamos la ordenanza, nosotros restauramos la pena de muerte en el ejército, nosotros reestablecimos el cuerpo facultativo de Artillería, nosotros nutrimos con ochenta mil hombres más las fuerzas armadas, nosotros movilizamos las reservas, poniendo la primera piedra, la piedra fundamental, en aquella maravillosa obra, que debía terminarse con el arraigo completo de la paz pública y el íntegro salvamento de la unidad nacional. No podemos de ningún modo, quienes así procedimos, en días de agitación, resultar sospechosos al ejército, en tanto que guardo como guardará el ejército español siempre, aquel os efecto de gratitud que obligan a las colectividades y a los individuos.

Nosotros queremos que subsista el ejército para nuestra seguridad interior, pero que subsista en estado de reserva, guardando solo en pie de guerra y en servicio usual o corriente aquellos cuerpos indispensables al orden público interior. Con este método, que yo sostengo y que yo propongo, las economías en el presupuesto general habrían de resultar cuantiosas y el desahogo de nuestro Erario completo, sin detrimento de la plana mayor tan retribuida o más retribuida que ahora, y sin mengua ninguna del servicio militar exactamente cumplido en regiones periódicas de instrucción y ejercicio, pro-

vechosas a un mismo tiempo para las contingencias de nuestra defensa y para el progreso de nuestra industria y agricultura nacionales. (Aplausos.) Por método tan expedito y breve oñonostamos ese afán universal de verdaderas economías, el cual nos trae zozobras sin cuento, y estableceríamos unas reservas, base verdadera de nuestro futuro poder militar. Cuanto más examinamos este plan, más vemos la correspondencia suya y conformidad con las demandas y los experimentos y las imposiciones de una opinión internacional que desea salir de la paz armada y entrar en la paz firme; la democracia, cuya libertad no puede sostenerse y prosperar sino ahuyentando la guerra con sus inevitables retrocesos; de un ejército que no puede nutrirse con un reclutamiento ámplio ni organizarse técnica y científicamente sino por medio de ámplias y efectivas reservas. Este voto mío es el voto de la opinión universal. No hay principio sociológico ninguno tan exacto como aquel que indica la transición de las sociedades civilizadas desde un organismo viejo de guerra y de combate a un organismo nuevo de trabajo e industria. La miseria, la triste lobreguez intelectual, el hondo malestar que sienten sociedades como la sociedad rusa y la sociedad osmana, provienen de que sus sociedades organizadas para la conquista, quienes, al encontrarse dentro de atmósferas como el espíritu de nuestro siglo, en la cual no pueden respirar, se sienten como el octápedo salido del agua y en el aire, moribundas por no poder soportar en su retina la sobreabundancia y en sus pulmones la sobreabundancia de oxígeno. Y la pasmosa prosperidad y el rápido progreso de unos Estados tan jóvenes como los Estados Unidos, en el Norte de América, y la Confederación argentina, en el Mediodía, provienen de que van organizándose poco a poco para el trabajo, para el comercio, para el cambio, para continuar la creación divina y prosperar en vez de detenerse y destruirse. Pues bien, así como el descubrimiento de América resultó en el pasado la losa de plomo caída sobre todo aquel feudalismo territorial de la Edad Media, el descubrimiento de una sociedad sustentada sobre la industria como las dos sociedades que acabamos de mencionar, con el ejército una y otra necesario a su orden interior, destruye todo el feudalismo imperial y guerrero de nuestros tiempos. Ese imperio alemán, que tanto se ufana con su ejército en armas, ejército de conquista, debía saber como esta organización contraria a la de todo en todo con la naturaleza del espíritu moderno, le trae otro ejército de tristes emigrantes, el cual corre hacia las tierras vírgenes del Nuevo Mundo, llegando a constituir una familia de nueve millones, satisfecha con el alejamiento de una patria inhabitable y con el hallazgo de un hogar, de un templo, de una escuela, de un trabajo libre en el seno de la democracia y de la República. (Prolongados aplausos.) Siempre que pasan las sociedades humanas de una fase a otra más progresiva, la gloria mayor que puede adquirirse por un hombre de Estado, estriba en ponerse a su servicio incondicionalmente y prepararla con tiempo. La gloria de Savonarola consistió en haberse adelantado a la Reforma, y la gloria de Federico el Grande en haber adelantado a la revolución de su siglo, y la gloria de Cavour en haber adelantado a la idea de la unión de las naciones en los tiempos modernos y haber hecho el milagro de la Italia reditiva con las sobrenaturales adivinaciones de su genio. Pues bien: el hombre que sirva de igual modo a esta transición metamorfose de las sociedades guerreras en sociedades trabajadoras, de las sociedades de combate y exterminio en sociedades de paz y de progreso: ese hombre se contará entre los bienhechores de la humanidad y entre los dioses de la historia. El trabajo, el pensamiento y Dios, forman la trinidad que se levanta sobre la cima del Universo. Este trabajo puede ser del alma o del cuerpo, puede ser manual, o nervioso, pero lo produce todo con su genio creador, lo esclarece todo con el resplandor irradiado por su ideal, y lo anima todo y lo sostiene y lo conserva todo con el calor de su vida. Pues bien, el pueblo europeo continental que puede inaugurar esta edad del trabajo sucesora de la edad del combate tal es nuestro pueblo español. El sentimiento de la legalidad y de la justicia por tan misterioso camino ha penetrado en el corazón de nuestras muchedumbres, que puede haber una revolución popular en Berlín, en Petersburgo, en Viena, y no puede haber una revolución popular, no, en Barcelona, en Valencia, en Madrid. Tenemos por este sentimiento del derecho arraigado en la democracia nacional, asegurada la paz interior, y necesitamos para este fin muy poco ejército en pie de guerra y mucho ejército en pie de reserva. (Asentimiento.)

Y respecto de la política exterior, todo nos aconseja un retraimiento absoluto. Nosotros para nuestro bien estamos lejos, muy lejos de las rivalidades existentes entre Francia y Alemania, entre Inglaterra y Rusia, entre Rusia y Austria, entre Austria y Turquía, entre Turquía e Italia, entre Italia y Francia; nosotros no tenemos nuestra neutralidad a merced y arbitrio de cualquier ejército invasor como nos acontece a Bélgica y a Holanda; nosotros no nos hallamos en período de formación como Grecia; nosotros no necesitamos mirar a los ojos del Kaiser tanote allá en Berlín o del czar tanote allá en Petersburgo como Serbia, Bulgaria, Rumania, y el Montenegro; las antiguas competencias diplomáticas entre Inglaterra y Francia, que tanto molestaron a España y a Narvaez, que tanto dividieron a moderados y progresistas, no pueden resucitar, gracias a los progresos de nuestra democracia tan denostada y sin embargo tan gloriosa, gracias también al establecimiento en Londres y París de gobiernos cada día más democráticos; estamos, pues, en el deber de retirarnos de nosotros mismos y oñonostarnos al exclusivo silencio de nuestros intereses nacionales y al desarrollo lento pero progresivo de nuestra vida interior. (Buen.)

Un ejército muy numeroso, puesto que debe decirse toda la verdad, en pie de guerra, no sirve para mantener vivas las más tristes propensiones de nuestra raza, las que más han disminuido nuestro influjo y manchado nuestro nombre, las propensiones al pronunciamiento. Y el pronunciamiento tiene hoy tres factores: el primero, las rivalidades régias dentro de la dinastía reinante con la regente y la regencia; segundo factor, el republicano revolucionario en todos sus grados; tercer factor, el caudillaje militar. Todavía se comprende que a principios nacidos en competencias históricas y seculares con otros principios de sus propias familias, continúen el destino de esos peos devorados Felipe de Orleans a Luis XVI, Luis Felipe de Orleans a Carlos X, Antonio de Orleans a Isabel II; parecen especies oñonostadas para estas segun los compies, y sujetas como los Egiptos y como los Atrides a una incontestable fatalidad. Todavía se comprende que partidos jóvenes, aquejados por la sed ardiente de lo ideal, muy hechos al sacrificio y al martirio, impacientes por ver cumplida la fórmula del progreso futuro se arrojen demones y suicidas en el abismo de la revolución militar y perpetren las tentativas de Bsdajoz y de Madrid que tanto nos retrasaron y nos hirieron. Pero no puedo entender, no puedo entender como hay quien crea posible adelantar una medida cualquiera civil o militar, imponer una medida cualquiera militar o civil, por medio del temor al ejército que haría tarde o temprano un daño tan terrible como el caudillaje. (No comprenden los que así piensan como el soldado no es

un ser abstracto sino vivo en el ambiente social, y que llevado a la muerte por una causa nacional como la República o la monarquía, y; pero llevado por los intereses o los provechos de sus oficiales rompería con la mayor facilidad en disciplina, disolviéndose todos los organismos militares en una disolución sin igual y sin ejemplo? ¿Tan lejos se creen aquellos tiempos en que una Diputación provincial, como la de Barcelona entonces, pudo disolver el ejército no creyendo en otro medio de impedir la conspiración reaccionaria que debía estallar aquí en los últimos días de D. Amadeo y que llegó a estallar en los tres primeros días de la República? Yo sostengo que las revoluciones más militares se han intentado y se han concluido por impulsos de política civil, meramente civil. Triunfó Elío el año ochocientos porque llevaba tras sus infames banderas la España realista y clerical; triunfó Riego el año veinte porque le sugirió un propósito y le dió impulso la ilustre masonería política, compuesta por nuestros libérrimos padres; triunfó García el año treinta y seis porque contra el raquílico estatuto de los doctrinarios, proclamó la democracia constitucion del doce; triunfó Espartero el año cuarenta por significar cosa tan querida de los españoles como el régimen municipal en toda su extensión y pureza; triunfó Narvaez el año cuarenta y tres por el desdoro de la regencia, por las coaliciones de López y Olózaga con los moderados, por la pujanza que tomaron con la mayor edad de doña Isabel II todos los partidos reaccionarios; triunfó el año cincuenta y cuatro O'Donnell por invocar la Milicia Nacional, tan popular en su tiempo como fuera popular el régimen municipal en los tiempos de Espartero; triunfaron Serrano y Prim el año sesenta y ocho porque tenían tras de sí la España liberal y democrática, como triunfaron Pavia y Martínez Campos el año 74 y 75 porque tenían tras de sí la España conservadora y reaccionaria; pero por su organización interior, ni ha peleado, ni peleará jamás el Ejército en España. (Muy bien grandes aplausos.) Desde 1870, desde la trágica y llorada muerte del héroe general Prim, se ha concluido, no solamente con la política militar, se ha concluido con el predominio de los generales en el gobierno y en el Consejo de ministros. El general Serrano, con todas sus altas dotes, quizás por sus propias altas dotes, era más político que general y representó el peso de las jefaturas militares a las jefaturas civiles en los partidos militantes. Llevamos diez y ocho años de jefes civiles para todas las agrupaciones. Es necesario preservar, por vía Europa entera está mandada por hombres civiles; Floquet, Salisbury, Crispien, Tseha, Gier, Bismarck, puro militar honorario, pues con su oaso y sus espaldas y en su llorar y su llanto no ha dirigido una compañía ni disparado una escopeta. El ejército, que es nuestro brazo, no puede ser nuestra cabeza. (Bravo!) De consiguiente hay que organizarlo bien para que sea, no hay que organizarlo para dirigir. Por fortuna se trata del soldado español, tan sobre como valeroso; de virtudes militares sin tasa ni número; resistente cual un soldado británico y furioso cual un soldado francés; en las montañas tan ágil que parece de Grecia o Albania y en los llanos tan fácil a la evolución y a la estrategia que parece de Austria o Alemania; sufrido como los toros en los asientos, lo cual no impide que sea en los asedios audaz y solo comparable a sí mismo; propio para hollar, como los árabes, el desierto libio sin readirse, y para correr, como el gaúcho, en las mangas y en las selvas del trópico sin abrasearse; pronto así a desahogar los hielos boreales en Saecia, como el venenoso aire incubido en sus triunfantes corrientes por Joló y Filipinas; soldado inmortal, ejército sublime, quien como es el pueblo español en armas, nos ha dado de este mismo siglo y a nuestra vista batallas como la de Bailen, alzamiento como el 2 de Mayo, los sitios de Gerona y Zaragoza, ataques en los desfiladeros del Bruch, que recuerdan los desfiladeros de las Termopilas, pasos como el arriesgadísimo entre Cénta y Tetuan, la patria en nuestra guerra de la independencia, la libertad en nuestra guerra civil y en nuestra redentora Revolución de Septiembre, la integridad nacional por haber combatido en las Antillas, no solo con la insurrección, con el cólera disuelto en los aires y con el vómito disuelto en las aguas, y que ahora mismo requerirá sus armas, no para la guerra civil ni extranjera, ya imposibles de todo punto entre nosotros; para velar por el orden público bajo la superior autoridad del Estado, y velando por el orden público y un concierto con tribuir y cooperar en primer término al ejercicio de nuestros derechos individuales y al cumplimiento completo de la voluntad nacional. (Atrondores y prolongadísimos aplausos.)

Señores, las fuerzas están como agotadas y el espíritu como exhausto tras un discurso tan enorme. Y sin embargo todavía me queda por decir algo respecto de la cuestión económica. (Exclamación.) En mi sentir esta no puede resolverse de ningún modo con el estrecho cerrado criterio de las escuelas y de las sectas, cualesquiera que sean ellas. (Asentimiento.) Preguntarme a mí de que tradiciones económicas tengo, y a una escuela científica por tenezco, párdeme inútil de toda inutilidad; Barcelona lo sabe muy bien de antiguo y Barcelona jamás en su nobleza me perdonaría que yo callase mis convicciones por servir y proclamar las convicciones ajenas. En este punto creo haber procedido con aquella nobleza e hidalgía, que proclamo prestar a todos mis actos y a todos mis procedimientos políticos. Diputado por Barcelona fui en las primeras Cortes, diputado por Barcelona en las segundas Cortes de la restauración. En las dos primeras no hubo desahucio económico entre mis electores y yo; así recordé a Barcelona sin género alguno de dificultad y con una satisfacción indecible. Me llegaron las terceras Cortes; presenté aquel tratado con Francia tan conculcado por la universalidad de mis electores, y dimití yo mi diputación por Barcelona con profunda tristeza, pero con implacable severidad. (Sensación.) El amigo del mandato imperativo, no aceptaría jamás imposiciones de mis electores; pero el desahucio con ellos en casos esenciales me impedía de todo punto su representación. Yo creí que Barcelona debía tener, para expresar en toda su integridad la parte de opinión que yo expresaba, un diputado republicano proteccionista, y no podía ser yo ese diputado. Quien ha procedido con esta lealtad podrá engañarse muchas veces, él, no puede, no, engañarse a vosotros nunca, de aquí lo contrario de aquello que siento, pienso y creo. (Grandes aplausos.) Yo no puedo menos de repetiros lo mismo exactamente que ha dicho el jefe de los conservadores: para mí, como para él, es el libre cambio un ideal de la humanidad en materias económicas. Yo pertenezco a la escuela libre cambiaria. Pero me acuerdo lo que al célebre fraile, a quien le llamaban fraile Francisco, yo soy fraile y soy Francisco; pero no soy fraile franciscano. (Risas.) Yo soy de la escuela libre cambiaria, pero no soy del partido libre cambiario. En tal asunto me acuerdo lo que me sucede con la separación de la Iglesia y del Estado, con la abolición de la pena de muerte; se halla en mis convicciones teóricas, no se halla en mi programa político y de gobierno. (Aplausos.) Creo más, creo que no pueden por mucho tiempo en el programa de ningún partido hallarse, por necesidad toaca a una obediencia impo-

drá que transigir con algo de libre cambio, y el libre cambio más libre cambiario, puesto en el gobierno, tendrá que transigir con mucho de protección. La proposición sobre los trigos, que presentaron los conservadores en primavera, queda íntica por la mala cosecha exterior del otoño y la buena española. El posibilismo y el oportunismo económico, se nos imponen a todos por igual, a proteccionistas y a libre cambiarios. (Aplausos.) Por eso me parece tan mal que se quiera fundar un partido sobre cuestiones arancelarias, como me parece mal que se quiera fundar un partido sobre cuestiones militares. Esto, por un lado, se halla muy sujeto al tecnicismo de la ciencia; pero por otro lado muy sujeto a las imposiciones soberanas de toda realidad. Lo que yo creo imposible de todo punto es fundar las relaciones mercantiles del mundo en contradicción abierta con todos los aletantos, con todos los progresos de la industria y de la navegación. Creo que cuanto las naciones sean más fuertes y más soberanas, habrán de abrirse al cambio mercantil como se abren las atmósferas a los fluidos. No lo dudeis, porque al dudarlo, concluiréis por equivocaros. Y dicho esto, en desahogo de mi conciencia y en cumplimiento de mi deber, yo me atrevo a preguntaros: ¿tiene sentido común que una gran parte de todos cuantos han sido ministros en el período de la restauración, se presenten como adelidos manifestos del proteccionismo e inscriban en su programa la protección inmediata? (Aplausos.) Pero si en este punto no tenemos libertad, si en este punto no hallamos comprometidos y obligados con las potencias extranjeras; y los mismos que nos comprometieron, los mismos que nos ataron de manos y pies, los mismos que hicieron los tratados nos vienen a poner la protección inmediata en su programa político. Tal conducta es maquiavélica: no merece otro nombre. Podrá ser ese maquiavélismo de Málaga, de Barcelona, de Antequera, o de Palencia, pero no tiene nada de florentino; es burdo, enteramente burdo. El tratado a que más objeciones presentan hoy los proteccionistas es el tratado con Alemania. Pues bien, el tratado con Alemania es el tratado característico de la restauración. (Doble salva de aplausos.) Este sistema de gobierno daba un gran predominio al rey en dos esferas de la política: sobre la organización del ejército y sobre las relaciones exteriores. Yo puedo decirlo ahora con todo el respeto debido a los muertos, porque yo lo he dicho con grande audacia, de que me arrepiento por haberse malogrado Alfonso XII, cuando vivía y reinaba. La revolución podía tener de signo característico la base quinta, pero la restauración tiene de signo característico el tratado con Alemania. Y ese tratado, de cuyas consecuencias tanto se quejan, fué un tratado esencialmente monárquico. Todos los republicanos, en política exterior, somos franceses de corazón; pero la República no hizo tratado alguno con Francia. (Aplausos.) Todos los reyes son alemanes de corazón; y a esa política internacional dictada obedeció el tratado con Alemania. Los monarcas buscan allí un arrimo, allí una sombra, allí un amparo, y a ese arrimo, a esa sombra, a ese amparo se debieron las alianzas mercantiles y políticas con Alemania. (Bien.) La coalición militar monárquica del año 92 contra Francia no existe; pero existe una coalición moral tan fuerte y tan tenaz como aquella. Notad que todos los reyes son alemanes o hijos de alemanes (risas); el emperador de Rusia, hijo de alemana, el rey de Suecia, hijo de alemana, el rey de Italia, hijo de alemana, el rey de Portugal, hijo de alemán, el príncipe de Gales, hijo de alemán, el pretendiente a la fantástica corona imperial de Francia, hijo de alemán, el pretendiente de la no menos fantástica corona antigua, hijo de alemán. Por consecuencia existe como ley natural entre los reyes una especie de propensión inevitable a las alianzas alemanas; luego, Alemania es la monarquía por excelencia. Así nada tan propio y natural como que los reyes tengan propensiones germanas, cual sucede ahora mismo con un rey que tantas obligaciones tiene para Francia como el rey de Italia. (Aplausos.) Por consecuencia, el tratado de Alemania fué un tratado esencialmente político; y este tratado esencialmente político se concluyó y se ratificó, no lo niego, por unas Cortes liberales; pero se negoció y se ratificó en principio por el primer gobierno de la Restauración, como base de una política realista y por realista esencialmente alemana, como la política personal de todos los reyes europeos. (Muy bien.)

En tal tratado se observa cómo los conservadores catalanes llegaron a equivocarse por completo al creer que servía los intereses de Cataluña la Restauración mucho mejor que los había servido la Revolución. Nosotros, cualesquiera que sean nuestras ideas, y de las más nadie puede dudar porque hablo claramente las ha manifestado, nosotros queremos que la nación española sea señora de sus aranceles, como la nación española es señora de sus presupuestos, y que los aranceles obedezcan más a las necesidades interiores del fisco, de la producción y del consumo, que a las necesidades exteriores de la política. Nos decís a nosotros sectarios, y sin embargo jamás hubiéramos determinado ningún pacto mercantil con Francia, por razones de política republicana. (Aplausos.) Os oíais vosotros los grandes patriotas, y habéis pactado un convenio mercantil con Alemania por razones puramente políticas. Y esto es tan cierto, que la cuestión de las Carolinas, esa cuestión pavorosa, no se produjo sino por aquel tratado de comercio. Nadie podía explicarse qué buscaba el férreo canchil en las madrepuas perdidas entre Asia y África. Pues buscaba simplemente un interés comercial. Cuando se pacta con potencias de primer orden por potencias débiles, mientras aquellas tienen medios de hacer valer lo pactado, éstas no obtienen absolutamente con ninguno. Y se acerca la terminación del tratado alemán, y urge prorrogar lo para los intereses alemanes, y entonces vino el ataque de la Carolina, y tras el ataque de la Carolina la prórroga de aquel pacto, oñonostación que impuso el canchil férreo a la triste agonía de D. Alfonso XII. (Sensación.) Por eso nosotros podemos con ceder, y os conocemos, que nada tan incensurable como las relaciones mercantiles, y nada tan sujeto a lo que hoy se llama el posibilismo y el oportunismo universal. Pero nosotros aun os conocemos que hay momentos en los cuales pueden suspenderse las leyes generales de la economía política; como hay momentos en los cuales pueden suspenderse las leyes generales del derecho público y aun del derecho internacional. Si las naciones extrañas, valiendo de tales o cuales subterfugios, como ha sucedido en la cuestión de granados, nos declaran a guerra mercantil, si una crisis grave nos impone medidas excepcionales, nosotros debemos aceptar esas medidas como se acepta la suspensión de garantías, el estado de sitio y de guerra. Pero quitado de la cabeza todo onato de alterar las leyes universales del cambio dará por término el resultado que todo intento de alterar las leyes generales de la física. No se puede regir el mundo moderno de la electricidad, del vapor, de las Exposiciones universales como se regía el mundo antiguo del aislamiento y de la conquista. Los principios económicos universales es alguna parte se muestran tanto como en nuestra hermosa ciudad. Cuanto más estudiamos la industria catalana más nos oñonostamos de que, dada la perseverancia en el trabajo, las hábitos de ahorro, la moralidad en la vida pública y privada, las virtudes increíbles del jornalero catalán, es difícil, muy difícil, que nadie le aventaje; y es fácil, muy fácil, que nos-

Ayuntamiento de Madrid

tena nuestra industria y nuestro nacional trabajo contra todo el mundo. (Grandes aplausos.)

Pero es de esto lo que quiere, tened entendido que nosotros vamos a un régimen político fundado en el predominio del trabajo y de la industria, sobre todas las demás fuerzas sociales. Así es que la Exposición de Barcelona, por milles de circunstancias imprevisibles, háse alzado á la categoría de un asunto internacional que despierta en toda Europa vivo y continuo interés. Las regiones vecinas al Mediterráneo están destinadas á cambiar por completo la dirección de la política universal. Ellas representan, y no pueden menos de representar, lo que representaron allá en los siglos medievales: la intersección de todos los caminos, la comunión de todas las razas. Por eso despiertan tal admiración; pero entre todas, Barcelona ostenta especialísimos títulos y timbres. No tendrá los monumentos de Atenas, tan melódicos; no tendrá el orientalismo de Palermo, que parece una revelación de Asia; no tendrá el campo y el mar de Nápoles, donde se oyen los cantares bíquicos de los dioses ébrios y el idilio griego de las sirenas y de las nereidas tirénicas; no tendrá el manto purpúreo y la diadema de mosaico con que Venecia se orna sobre su trono de mármoles circundado por las cintas y las alfombras de sus espléndidos canales; pero tiene un timbre nunca oscurecido ni eclipsado, el timbre de su perseverancia en el trabajo y en el comercio, que le ha valido cooperar como nadie á la conjunción de Provenza, de Italia, de Grecia y de Andalucía, merced á islas ilustradas por su génio, desde las Baleares hasta Sicilia, ejerciendo en el Mediterráneo así una hegemonía, la cual, no solamente le ha granjeado la brillantez y la inmortalidad de su gloria, sino también lo grandioso y lo duradero de su poder y de su influjo. (Prolongados aplausos). Nunca concluíamos de encarecer vuestras alabanzas.

El común de las gentes parece ignorar que Barcelona sirvió de núcleo á la gran literatura de los siglos medievales, en que comenzó á despertar el espíritu moderno; parece ignorar que Barcelona expidió las naves cargadas de productos y de ideas, merced á las cuales pudieron unirse las ciencias ocultas en Córdoba y Sevilla con los flujos del mundo griego y los asomos del Renacimiento en Italia; parece ignorar que Barcelona comenzó la reconquista marítima con las escuadras enviadas primero al sitio de Almería, donde se oyeron los incipientes vagidos de la nueva castellana y luego al sitio de Mallorca; parece ignorar que Barcelona organizó la expedición á Lepanto y que Barcelona detuvo con sus almirantes, desiertos por Montaner y pintados más tarde por Moncada, la decadencia del imperio bizantino; que Barcelona fué la primera entre las ciudades del Viejo Mundo á ver y probar la vida exuberante que el planeta entero y al espíritu universal traía la resurrección de América, por un milagro del génio de Colon sucedida en los mismos días en que la estatua griega se alzaba de las ruinas y establecía la libre conciencia en el humano cerebro; parece ignorar todo esto; más llega un día, un día oportuno, y tantos recuerdos se avivan y se producen hasta dar de sí el espectáculo, presenciado esta primavera en vuestras playas, donde las escuadras que parecían destinadas para la guerra, se han unido, como anunciando un porvenir más dichoso y desvaneciendo las amenazas y los temores de un océano, en la obra de libertad, de paz y de concordia, con que vuestra ciudad ha servido, no solamente los intereses de Cataluña y España, sino los intereses de Europa y América, y levantado sobre la guerra esperanzas de paz perpetua y dichosa. (Las salvas de aplausos interrumpen largo rato al orador). Que no en vano pasan hechos como estos, cuya virtud trasciende á la sucesión de todos los siglos y cuya inmensidad queda en todas las páginas de la historia (Aplausos).

Cuando nosotros paseamos por las galerías de la Exposición, solemos olvidarnos de que allí estuvo la fortaleza del despotismo, y de que, donde ahora brillan los milagros del comercio y del trabajo, ayer se vió la sombra siniestra del despotismo y de la guerra. Sobre cadenas rotas, sobre patibulos desmontados, sobre calabozos que fueron verdaderas sepulcros de vivientes, sobre los raices de sinietras torres alzadas allí por la intolerancia y el abrutimiento, vemos la hogaza de pan caliente salida del horno para satisfacer el hambre, y la blanda que surge á rezas del taller para ornar la hermosura, la sorda linterna que desentruña las oscurísimas profundidades de la mina y el espléndido faro que difunde con su resplandor la esperanza en los infelices espacios, el estirido vibrar de la máquina que ha borrado las distancias combatiendo las tempestades del Océano y la nota melancólica del órgano que ha sonado con los ecos de la sublimidad nuestro ser y ha domesticado las tempestades interiores del alma, el sazón que ha abierto fecundo hoyo á la semilla en la tierra de labor, y el pincel que ha puesto sus matices más brillantes en las iris del arte, la trampa en que aprisiona el cazador las ligeras aves y el telescopio con que aprisiona el astrónomo las sólidas estrellas; todo lo cual se debe á que acabaron los tiempos antiguos del privilegio, y han venido los tiempos nuevos del derecho, y á que Barcelona se alza sobre los hombros de su robusta democracia, y de sus incomparables trabajadores, llevando, como la estatua de la libertad humana, que ilumina el orbe todo, en su mano la antorcha del ideal y en su frente la estrella del progreso. —He dicho.

EL MUERTO RESUCITADO

OCTAVA SESION

Aquí tenemos ya á Concha Somera, la intrépida heroína, según los *campesinos*, que abandonando su hogar y su familia, fué la llamada á redimir á don Eustaquio, fingiéndose loca y haciéndose conducir á San Baudilio de Llobregat. La infeliz demente, mal aconsejada, según los *crucistas*, que fingiéndose cuerda ha sido origen del actual barullo.

Su testimonio puede ser importante; pero también puede ser peligroso.

Es recibida por la concurrencia con marcadas muestras de simpatía.

Entra tan sonriente que el presidente de la Sala estima conveniente hacerla notar que el caso no es de risa, y comienza el interrogatorio.

Contesta á las generales de la ley llamarse Concepción Somera y Alonso, sin recordar al pronto el segundo apellido, ser casada, de 32 años de edad, y conocer al procesado.

Fiscal.—¿De qué conoce usted al procesado?

T.—De haberle visto en el manicomio de San Baudilio, donde le llamaban Eugenio Santa Olalla.

F.—¿Y no le conocía usted de antes?

T.—No, señor. Porque cuando se fué de Plasencia, era yo muy joven para poderme acordar. Allí le conocí por las señas que de él me habían dado.

F.—¿Recuerda usted el nombre de D. Eugenio Litran, por haberle oído en el manicomio?

T.—No, señor.

F.—Sr. Presidente: pido que conste en el acta este particular.

(Es el nombre del administrador.)

—¿Y usted no le conocía de la familia?

T.—En mi conciencia no lo estaba.

F.—¿Y por qué fué usted al manicomio á buscar á D. Eustaquio?

T.—Por referencias de doña Francisca. Yo había conseguido hacerme amiga de esta señora, y me confió algunos secretos, de los que resultaba que D. Eustaquio no había muerto, como se decía. Acordamos el modo de verle, para habiéndolo ido ella antes con intención de verle, se tuvo que quedar en Barcelona, por mandato de su esposo. Esto le escamó, y yo prometí ir al manicomio á ver si era cierto. Entonces estaba yo en el estado de ahora (algo interesada), y quise esperar.

Llegado el tiempo, hablé con Regidor y me creyó loca, rompiendo el papel que le di con las señas para que fuera á buscarme cuando le necesitase. Se lo dije á otras personas, y entonces empecé á fingirme loca y conserja, después de mucho, que me llevasen á donde yo decía que un deber me llamaba.

—¿Habla usted en el manicomio con los empleados?

T.—Sí, señor. Pero yo no estaba con las enfermedades, sino en un cuarto al lado del de la directora y entre los principales para su perdición.

Allí fui descubriendo muchos misterios y Prieto iba y ponía telegramas diciéndome: «La mercancía se conserva bien, fingiendo que se trataba de negocios, pero era de otra cosa».

F.—¿Y comunicaba usted á los Ayales ó á Fernando Heras el resultado de las averiguaciones?

T.—Sí, señor. Y al saber que ya se iba á reparar la herencia de D. Eustaquio, se lo dije á don Francisco Ayala, para esperar nada más que cambiase el personal y pudiese salir D. Eustaquio sin hacer sospechar, porque como había algunos que estaban en el negocio, no convenía que supiesen la salida del que querían hacer pasar por muerto.

F.—¿Cuando ha hablado usted con el procesado, ¿ha notado usted si tiene buena memoria? ¿Se acuerda bien de su vida pasada?

T.—No, señor, no se acuerda de nada. Cuando pedimos convencerle de que se viniera aquí, decía que él era Eugenio Santa Olalla, y que era de Burgos.

Abogado.—¿Ha dicho usted que fué al manicomio por indicación de doña Francisca Belloso?

T.—Sí, señor. Porque había descubierto que don Eustaquio no había muerto, por lo que le dijo Prieto á D. Felipe Cruz: ahora si que está bueno y gordo trabajando de carpintero.

Abogado.—¿Conoció usted á algún loco?

T.—Sí, señor. Uno de los sets primeros que fueron al manicomio cuando le estableció el Sr. Pujadas. Pero ya no estaba loco, estaba allí por conveniencia de un hermano suyo.

A.—Y ese loco, ¿le hizo á usted alguna manifestación referente á D. Eustaquio?

T.—Me dijo, poco más ó menos, lo que me había dicho doña Francisca, y me contó muchos crímenes que allí se cometían. De contarlos, tendría que llorar el mismo tribunal, al ver lo que hoy en el mundo.

A.—¿Y tiene allí mucha influencia el director D. Baudilio Neri?

T.—Decían de Pujadas, pero tanto ó más infame es D. Baudilio.

La presidencia llama al orden á la declarante; interviene el fiscal, y el abogado renuncia á continuar interrogando.

Declaran dos Ayales en favor del procesado, y les sigue el marido de la Somera de que nuevo demuestra su carácter anodino.

Francisco Ayala, de 56 años, labrador.

Fiscal.—¿Fué usted al manicomio con Concha Somera en Enero de 1895 á ver al procesado?

T.—Sí, señor. Le vi y me convenci de que era D. Eustaquio.

F.—¿Y le conocía usted enseguida?

T.—Sí, señor. En cuanto le vi.

F.—¿Se vieron ustedes en el manicomio?

T.—No, señor. Fuera de él, en una casa le vimos dos días, el día de San Fulgencio y el de San Anton, lo recordo bien.

F.—¿Y cómo dijo que se llamaba y qué familia tenía?

T.—No dijo más, sino que se llamaba Eugenio Santa Olalla y tenía un hijo.

F.—¿Y decía algo de su familia de Burgos?

T.—No, señor.

F.—¿Y de su familia de aquí le preguntó usted algo?

T.—Sí, señor. Pero no me daba razón ninguna, aunque yo le daba muchos detalles y hacía referencia á todos sus parientes.

Abogado.—¿Le dijeron ustedes que viniera?

T.—Sí, señor; pero no quiso entonces.

A.—¿Y se escribieron ustedes después?

T.—Sí, señor.

A.—¿A dónde se dirigían las cartas al manicomio?

T.—No, señor, por miedo de que abrieran las cartas.

DE TODO UN POCO

Vicente Rodríguez, de 69 años, criado que fué de D. Rafael Campo.

Fiscal.—¿Cuánto tiempo sirvió usted en la casa de D. Rafael?

T.—Treinta y nueve años.

F.—¿Sabrá usted que falleció su hijo D. Eustaquio?

T.—Eso dicen, pero no es verdad, porque está ahí (Ramores en el público).

F.—¿Y sabe usted á quien interesa el suponerle muerto?

T.—A D. Felipe Díaz de la Cruz y los suyos.

F.—¿Estaba usted cuando se arrojó á una hoguera D. Eustaquio?

T.—Sí, de la casa dos años antes.

Damian Rodríguez, 59 años.

Fiscal.—¿Reconoció usted al procesado cuando vino?

T.—Cuando presté mi primera declaración no le había conocido. Pero después de haberle visto mejor y sus retratos, me he convencido de que es don Eustaquio.

F.—¿Y por qué se ha convencido usted?

T.—Por señas particulares que me le han recordado.

Anselmo de la Calle, 47 años, propietario.

Fiscal.—¿Conoce usted al procesado? ¿Quién es?

T.—Se le conoce hoy por el nombre de Eustaquio Campos.

F.—¿Conoció usted al señor que tenía este nombre?

T.—Sí, señor. Faltos contemporáneos.

F.—¿Y cree usted que este señor pueda ser aquel?

T.—Tiene parecido, pero mientras no recobre la memoria no puedo asegurarlo, porque no puedo cerciorarme bien.

A.—¿Cree usted que pueda ser el procesado don Eustaquio?

T.—Sí, señor. Es muy posible, pero no aseguro que lo sea.

Manuel Garrido, 46 años, abogado.

F.—¿Le consta á usted que el procesado sea Eugenio Santa Olalla?

T.—No, señor. Me dijo llamarse así cuando le examiné por orden del juzgado, para ver si le conocía.

T.—¿Y conoció usted á D. Eustaquio Campo cuando joven?

T.—Sí, señor. Le conocí mucho.

F.—¿Y era parecido al procesado?

T.—No, señor, en nada, ni siquiera en la estatura, pues era un dedo ó dedo y medio más alto que este señor.

A.—¿Cuándo dejó usted de ver á D. Eustaquio?

T.—Cuando le llevaron al manicomio.

A.—¿Le trató usted en el verano del 93 al 94?

T.—Sí, señor.

A.—¿Y no cojeaba entonces?

T.—No, señor; nunca cojeó.

A.—Pido á la Sala que consten estas afirmaciones del testigo para tenerlas en cuenta.

D. Isidro Garrido, abogado y hermano del anterior testigo.

Fiscal.—¿Conoció usted á D. Eustaquio Campo?

T.—Sí, señor.

F.—¿Se parecía al procesado?

T.—En nada.

F.—¿Ni contando con las diferencias del tiempo?

T.—No, señor. Ni aun así.

Marcelino Serrano, 50 años, carpintero.

Fiscal.—¿Conoció usted á D. Eustaquio Campo?

T.—Sí, señor. Es ese señor que está ahí.

Abogado.—¿Es usted enemigo, por cualquier concepto, de D. Felipe Díaz de la Cruz?

T.—No, señor.

Agustín Somera, ebanista, padre de Concha, dice lo que ya ha adelantado por telégrafo.

Suspéndese la sesión.

INJUSTIA Y CALUMNIA

Al reanudarse, el secretario da cuenta de un escrito de querrela firmado por D. Felipe Díaz de la Cruz, contra el abogado defensor, por la pregunta formulada ayer y desechada por impertinente.

El fiscal dice que el escrito es una al rillo de su referencia, y que no procede ahora que la Sala conceda la autorización que se solicita, y se espere para ello á la terminación del juicio.

El abogado pide se reserve la concesión hasta que termine el juicio, y que entonces se conceda la autorización para llevar á la barra al querrelante.

La Sala acordará lo que proceda.

SIGUE LA MEZCLA

D. Juan Antonio Lopez, de 67 años, abogado y secretario de la Audiencia.

Fiscal.—¿Cómo se llama el procesado?

T.—Eustaquio Campos, de quien se ha dicho que había muerto.

F.—¿Cómo supo usted que no había muerto?

T.—Al ver algunas cartas firmadas con el nombre de Eugenio Santa Olalla, encontré que la letra era igual á la suya, y cuando vino le reconocí, aunque no desde el primer momento, pero hoy, en mi conciencia, estoy seguro de que es Eustaquio Campo.

Antonio Alvarez Vega, de 40 años, médico cirujano, y autor de uno de los folletos publicados.

Fiscal.—¿Conoce usted al procesado?

T.—Sí, señor. Es mi antiguo amigo, Eustaquio Campos.

F.—¿Está usted seguro?

T.—Sí, señor. Porque para formar concepto exacto, atendiendo á mis sentidos y á la razón.

Florencio Fernandez, de 41 años, posadero.

Fiscal.—¿Sabe usted quien es el procesado?

T.—D. Eustaquio Campos Barrado.

F.—¿Lo conocía usted?

T.—Solamente de haberle visto en el manicomio.

F.—¿Hace mucho tiempo?

T.—En el año 70 al 72 fui á Barcelona á un negocio, y el acompañante que me acompañaba me dijo que si quería ir á San Baudilio á ver á un loco de Plasencia.

Fuimos allí y le vi, y al decirle si quería ó necesitaba algo, que me lo dijese, pues yo era de Plasencia me contestó que no quería nada, y mucho menos de Plasencia.

F.—¿Y cómo era entonces D. Eustaquio?

T.—Más delgado que ahora.

F.—¿Reparó usted si era calvo?

T.—Tenía puesto un sombrero de paja.

F.—¿Y cojeaba?

T.—Eso no lo reparé. Cuando contestó á mi ofrecimiento, dió la vuelta y se marchó de prisa, y no recuerdo que cojease.

(El fiscal pide que conste en el acta este particular.)

Benigno Garcia, 41 años, v. terciario.

Fiscal.—¿Es usted juez municipal suplente?

T.—Sí, señor.

F.—¿Se ha presentado á usted el procesado alguna vez en demanda de alguna cosa?

T.—Sí, señor; me dijo que habiéndose llamado hasta el día Eugenio Santa Olalla, se llamaría en adelante Eustaquio Campo Barrado.

Norberto Alonso, 62 años, ebanista y madre de Concha Somera.

F.—¿Sapo usted cuando las manifestaciones de Octubre de 1886, que había venido, según decían, D. Eustaquio Campo?

T.—Supo que mi hijo había traído un compañero suyo de desgracia, pero nada más.

F.—Su hijo de usted fué conducido antes á otro manicomio que no fuese el de San Baudilio?

T.—Sí, señor. Pero no quiso más que ir á ese y hacia muchas locuras.

Una vecina que tuvo también así una hija, me dijo que la diese como remedio un coquecillo con las seces de un perrito negro; pero no sirvió el remedio ni otros que la di.

Siempre estaba en su manía de ir á San Baudilio y decía que allí había una luz que alumbraba para Dios, para el mundo y, y cosas así.

Entonces fui á pedir á doña Francisca Belloso una recomendación para el manicomio por saber yo que tenían amistad con el director.

Doña Francisca me dijo que ya había dado á Concha una carta y que si no la tenía la había perdido.

Al poco tiempo volví á casa de doña Francisca. Entonces salió D. Felipe con una gorra así, y me dijo que no podía darme ninguna carta porque no conocía al que era director, por haberse muerto el antiguo.

José Vera, 64 años, abogado.

Fiscal.—¿Conoció usted á D. Eustaquio Campos antes de que en 1895 fuese conducido al manicomio?

T.—Sí, señor. Y recuerdo perfectamente que se quemó en el brazo y lado derecho muy gravemente. Tanto que al quitársela le repañaban adheridos á ella trozos de la piel.

F.—¿Oyó usted decir que D. Eustaquio había vuelto hace dos años?

T.—Sí, señor. Eso dijeron algunos, pero otros aseguraban que no era él.

Abogado.—¿Recuerda el testigo haber dictado, siendo juez interino, por ausencia obligada del efectivo, un auto revocando otro dictado anteriormente en el que se acordaba la venida de D. Eustaquio para que después de reconocido se le nombrase curador, si efectivamente estaba loco?

T.—No recuerdo de tal cosa. Porque con tanto como se despacha... Tal vez trayendo los autos, recordase.

A.—¿No recuerda usted nada de eso?

T.—No, señor. No me es posible recordarlo.

Luis Moreno, de 57 años, propietario.

F.—¿Conoció usted á la familia Campos?

T.—Sí, señor.

F.—¿Y encuentra usted parecido entre el supuesto D. Eustaquio y los parientes de éste?

T.—Sí, señor; entre individuos de su familia encuentro alguna semejanza, pero dudo que el procesado sea D. Eustaquio.

Justo Rojas, sirviente que fué en casa de Campos.

Fiscal.—¿Cómo se llama el procesado?

T.—D. Eustaquio Campos Barrado.

F.—¿Le conoció usted de joven?

T.—Sí, señor. Desde niño. Cuidaba yo en su casa los caballos, y algunas veces él quería ayudarme en mis tareas.

El abogado pide á la Sala que se celebre un careo entre D. Felipe Díaz de la Cruz y la madre de Concha Somera, por haber declarado contradictoriamente en lo relativo á si Concha llevó ó no una carta de D. Felipe para el director del manicomio.

Son llamados ambos testigos, y comparece solo D. Felipe Díaz de la Cruz, por haberse retirado enfermo á la declarante.

La Sala acuerda que no procede se celebre ya el careo.

El abogado protesta.

Antonio Leno, de 58 años, sastre.

Fiscal.—¿Sabe usted quien es el procesado?

T.—D. Eustaquio Campos; y lo afirmo por haber conocido á sus abuelos, á sus padres y á él.

A.—¿De qué le conoció usted?

T.—De haberle llevado la ropa que le hacía mi principal.

A.—¿Recuerda usted sus señas particulares?

T.—Era un poco bizco y cojo.

El resultado de las declaraciones de hoy no puede ser más confuso.

Testigos que afirman, testigos que niegan y testigos que se contradicen.

Concha Somera, cuya declaración era esperada con sobrada impaciencia é interés, creyéndose que sería sólida base para la solución del problema, ha resultado ineficaz para resultados prácticos. Su incongruente relación de hechos, de difícil prueba, y referidos con frecuentes divagaciones, no es elemento apreciable para inclinar la balanza de la justicia hacia el entierro ni hacia la resurrección.

Plasencia 24 Octubre.

S. Astor.

TELEGRAMAS

EL SEÑOR CASTELLAR EN BARCELONA

Alonso, empleado del manicomio, dice que el procesado es el carpintero Eugenio San Ojalá, que hizo la caja para enterrar a D. Eustaquio. (Sensación). De otros detalles que están en contradicción con lo dicho en el sumario.

Plasencia 25 (12:50 tarde).—Después de haber sido suspendida la sesión por cinco minutos.

Un sacerdote de San Baudilio, que ha estado loco, declara que el procesado es Santa Ojalá y que él auxilió en sus últimos momentos a D. Eustaquio Campo.

El médico Net demuestra las diferencias entre San Ojalá y Campo. Explica entre los rumores del público la forma del enterramiento y otros pormenores.

Otro testigo declara que conoció al D. Eustaquio, al cual vió enterrar, y que el procesado es Santa Ojalá.

Terminada la sesión sale el gobernador para Cáceres.

Volverá el miércoles, esperando el informe.—**Astor.**

Plasencia 25 (9:30 noche).—Han producido gran sensación las importantes declaraciones de los empleados del manicomio de San Baudilio, para demostrar que el procesado es Santa Ojalá y que allí hay un misterio.

El fiscal y el abogado defensor, han encontrado en dichas declaraciones frecuentes contradicciones.—**Astor.**

Plasencia 25 (8:30 m.).—Se ha presentado a la Sala un escrito de José Bellos, hermano de Doña Francisca, y heredero de Eustaquio, pidiendo parte en la causa por no haberse ofrecido a tiempo.

Propónese con ello, al menos, poder entablar el correspondiente recurso.

No se ha celebrado hoy acto de conciliación entre Cruz y el abogado defensor por la no asistencia de éste.—**Astor.**

De la Agencia Fabra

PUERTO RICO 24.—Hoy ha salido de este puerto el vapor correo de la Compañía Transatlántica *Isa de Cuba*, con dirección a la Habana.

COLOMBO 24.—El vapor correo de la Compañía Transatlántica *Santa Domingo*, ha salido hoy de este puerto.

EL DIVORCIO.

VIENA 25.—El divorcio del rey M'ano de Servia ha producido mucha agitación en aquel país.

Un despacho recibido esta madrugada, anuncia una crisis ministerial.

Se dice que el rey precipitó la cuestión del divorcio por haber descubierto que los partidarios de la reina Matilda, fraguaban una conjuración encaminada a declararle incapaz y encerrarle en un manicomio.

Los partidos políticos de Servia están muy enojados entre sí y se considera muy difícil la solución de la crisis ministerial.

ESPECTÁCULOS

COMEDIA.—3 y 12.—T. 1.º.

El enemigo.—Cuidad con los hombres o el mercedero de la Peca.

PRINCIPIOS ALFONSO.—3 y 12.

La cruz blanca.—Mam'ze llo Nitoucho.—Segundo acto.

LARA.—8 y 12.—F. 12.º de abril.

2.º serie.—T. 2.º par.—In artículo mortis.—La duca.—Segundo acto.—Colondrina.

PRICE.—8 y 12.—Los Hijos de Madrid.

MARIN.—8 y 12.—Las plagas de Madrid.—Lucifer. Los madrugadores.—Lo que va de ayer a hoy.

ESLAVA.—8 y 12.—Levi tuón.—Dos canchales de café.—Pintar como queror.—El gorro frigio.

PRESUPUESTO

PARIS 25.—Ha terminado en la Cámara la discusión de la totalidad del presupuesto, habiendo defendido su obra M. Peytral y merecido general aplauso.

El sábado continuarán los debates sobre el presupuesto.

MACKENZIE

BERLIN 25.—Ha sido autorizada en Alemania la venta del folleto del doctor Mackenzie.

REVISIÓN CONSTITUCIONAL.—RECELOS

PARIS 25.—Los periódicos radicales continúan discurriendo el procedimiento que debe adoptarse para la revisión constitucional y el alcance de esta; pero todos convienen en que la República debe quedar por encima del sufragio universal.

A juzgar por las corrientes que dominan en los centros parlamentarios, puede asegurarse ya que si el proyecto de revisión presentado por el gobierno lograse obtener, lo que es dudoso, mayoría en la Cámara de diputados, sería desechado por el Senado.

Inspira cierta inquietud la insistencia del ministro de la Guerra en pedir la votación del nuevo crédito destinado a la defensa nacional.

Cuando se han gastado ya 5.000 millones de francos en dicho objeto, y cuando estamos en vísperas de la Exposición Universal, fiesta que parece alejar los temores de guerra, todo el mundo se pregunta qué peligros amenazan a Francia para apelar a nuevos gastos extraordinarios consagrados a las fortificaciones, sobre todo, dada la mala situación de la Hacienda.

BRUSELAS 25, tarde.—Hé aquí los resultados de las elecciones preparatorias de diputados. Número de diputados que deben elegirse, 75. Han obtenido mayoría: ministeriales, 65. Liberales, 4. Empates, 6.

Esta tarde se procederá al escrutinio definitivo.

SECCION DE NOTICIAS

La *Gaceta* publicó ayer un decreto del ministerio de Ultramar, estableciendo el cambio de cartas con valores declarados y el servicio de paquetes postales entre la Península y la isla de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, con sujeción a las reglas que se determinan.

El teniente de alcalde del distrito del Hospital de Comisio ajer un jabalí de 34 kilos de peso y dos banastas de pescado en malas condiciones para el consumo.

El ministro de Hacienda ha circularado una real orden recordando a sus compañeros de gabinete la presentación de los presupuestos parciales.

El Sr. Abascal, para prevenir los escándalos que ocurren con frecuencia en los tranvías de

las Ventas, ha dispuesto que acompañe a cada coche un guardia de policía urbana.

CONSEJO DE MINISTROS

El celebrado ayer con la regente se redujo a dar cuenta al Sr. Sagasta del estado de la política en el exterior y de informar a dicha señora de los acuerdos adoptados en la última reunión de los ministros.

Nada se habló que pueda ofrecer interés al parecer que se trató de la fecha de la apertura de las Cortes, cosa que parecía indudable.

La regente firmó varios decretos referentes a personal.

Después se reunieron los ministros en la secretaría de Estado.

Dos horas emplearon en este nuevo consejo, acerca de cuyas deliberaciones guardaron absoluta reserva.

Parece que examinaron cifras del presupuesto y leyeron las bases del decreto restaurando la orden firmada por el general Narvaes.

Dice que acerca de esta cuestión hubo diversidad de pareceres, y en las citadas políticas volvió a hablarse de próximas desavenencias.

Nuestros noticias son que el decreto se publicará, con algunas modificaciones, en la *Gaceta* muy en breve.

También parece que el ministro de Ultramar dio cuenta a sus compañeros del proyecto de conversión de la Denda de Cuba y que no todos los ministros están de acuerdo en el asunto.

SUCESOS DE AYER

En los billares del café de la Universidad fueron sorprendidos varios estudiantes jugando al *baccarat*, por lo cual quedó cerrado el establecimiento.

En la casa del marqués de Flores Dávila, calle de la Cruzada, se descubrió el robo de unos cubiertos de plata, notando la fractura de la puerta falsa que dá a la plaza de Ramales.

Baldomera Puebla, de 41 años, casada, con domicilio en la calle de las Aguas, intentó suicidarse con una disolución de cloruro; pero arrepentida pidió auxilio y fué conducida a la Casa de Socorro, pasando luego a su domicilio.

En las cuerdas del ministerio de Marina se produjo un incendio, siendo extraídos con síntomas de asfixia un niño y un caballo; pero las pérdidas fueron de escasa importancia.

Llegó anoche de San Sebastián el Sr. Romero Robledo. En la estación le esperaban todos sus amigos, quienes le hicieron una ovación de aplausos y vivas, en competencia con otras de reciente fecha. Los conservadores creyeron observar que no había, ni con mucho, el aparato de fuerzas de policía que cuando llegó el Sr. Cánovas.

El Sr. Romero saldrá de nuevo mañana para San Sebastián y se trasladará a los dos días, de allí a Barcelona, donde hará su discurso político y económico proteccionista.

El no saberse con certeza si ya hoy aparecerá en la *Gaceta*, como algunos creen, la disposi-

ción de Guerra sobre concesión de empleos y recompensas en que se comparan ayer los ministros en el Consejo celebrado en la secretaría de Estado, ha servido de pretexto para seguir diciendo que habían surgido dificultades serias para su aprobación, quedando esta pendiente de ulteriores sondeos. Pero los ministeriales aseguran que fué aprobada, y se publicará de hoy a mañana.

Se cede una magnífica tienda con buenas luces en la Carrera de San Jerónimo. Tiene 12 metros de ancho por 20 de fondo. Darán razón en la administración de este periódico.

Léase el anuncio «Lámparas Inglesas.»

Licor del Polo de Orive. Conoce muy bien el mejor elogio y la más persuasiva recomendación de este inimitable destilado, una constante clientela de millones de consumidores y una gloriosa historia de 19 años, durante la cual jamás desmintió sus virtudes curativas y perasutivas. Es el elixir para la boca que por su aroma y eficacia no tiene precio. Es, no obstante, el más económico. Exijase la marca de fábrica.

COTIZACIÓN OFICIAL DEL DIA DE AYER

POBROS PÚBLICOS	ANTR.	AYER	ALZ	BAJ
4 por 100 al contado....	78 05	72 80	0 25	
— fin de mes....	78 15	72 87	0 25	
— pagueños....	78 40	72 90	0 20	
— exterior....	75 40	74 85	1 45	
4 amortizable al contado....	88 85	83 80	0 20	
— pagueños....	86 85	86 70	0 15	
Bill Cuba al contado....	101 15	101 8	0 85	
Banco España: acciones....	000 00	417 00		
— Hipotecaria id....	000 00	400 00		
— Id. cedulas 5 00....	000 00	000 00		
— Id. cedulas 6 00....	1 4 63	1 4 75		
— Obligaciones 5 00....	000 00	000 00		
0.º de Tabacos acciones....	207 00	107 30	51	
Letras: Londres a 90 días vista....		25 1/2		
— 3 idem....		25 5/2		
— Berlín, a 8 idem....		1 861		
— París, a 8 idem....		1 40		

Operaciones de préstamo y descuento: 4 por 100 anual

BOLSA

Madrid: centado 72 70; fin, 72 70.—Próximo, 00 00, Barcelona: interior 72 67 exterior 74 62

París: 75 25.—Londres: 2 31.

BOLSA DE PARÍS Y LONDRES

PARIS 25.—Bolsa fordes francesas, 3 0/0, 82 55—

4 1/2 por 100, 105 60.—Fondos españoles, 4 por 100 exterior, 72 40.—Obligaciones de Cuba, 5 1/2, 0.—Consolidados ingleses, 97 7/8. Última hora: 4 por 100 exterior español, 73 7/8.

LONDRES 25.—Clausura de la Bolsa de hoy, 4 por 100 exterior español, 72 7/8.

Tir. de «El Globo» a cargo de J. S. de Trigo San Agustín, núm. 2.

Camas de Lujo a plazos y al contado. **PLAZA STA ANA N.º 1.** Esquina a la izquierda.

Camas Inglesas
Camas del pais
Colchones Nuevos
Sillería Tapizada
Sillería de Viena
Muebles todas clases

ATOCHA 127
FUENCARRAL 102

DENTICINA INFALIBLE.—Lo saben las madres.

Ni un niño se muere de la dentición, pues os salva en la agonía, brotan fuertes dentaduras, reaparece la teta, extingue la diarrea y accidentes, robustece a los niños y los desencanija. Una caja, 3 pesetas, que remite por 3,50 el autor, P. F. Izquierdo, Madrid, Sacramento, 2 botica y plaza de la Villa, 4; por mayor, y en todas las boticas y droguerías de España.

COMPANIA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

Chocolates, Gafes y Thés

Depósito general y oficinas: Mayor, 18 y 20

SUCURSAL, MONTERA, 8, MADRID

VERDADERAS LAMPARAS INGLESAS
SISTEMA HINKS
DOBLE MECHERO

Producen dos brillantes e intensas luces como la claridad de 24 BUJIAS. Se encienden y apagan lo mismo que una lámpara de Gas sin quitar tubo, bomba ni soplar. Construcción sólida; seguridad completa; luz clara, fija, brillante y exenta de todo mal olor.

Ofrecemos un rico y variado surtido en estas Lámparas de Sobremesa, Comedor, Despacho y Gabinete, desde el precio de 15 pesetas en adelante.

Arañas—Bronces—Estátuas—Muebles—Gran surtido de objetos para regalos.

ANTIGUA CASA—EGUIA SOBRINO
20, PELIGROS, 20

EPILEPSIA

6 ACCIDENTES NERVIOSOS (mal de San Pau) y otras enfermedades nerviosas, como el histerismo, histero-epilepsia, baile de San Vito, etc.

Se curan radicalmente, por antiguo que sea el padecimiento, con el infalible JARABE DE F. URGEL.—Los efectos son inmediatos siguiendo el plan indicado en los prospectos, que se facilitan gratis.

Vica: Botica de la Merced, Riera, 22.—Madrid: Farmacia de Martínez, Jacometrezo, 32, y del Dr. Ferrán, plaza de San Ildefonso.

ALFOMBRAS

Siguen colocándose (procedentes de una quiebra) a precios fabulosos en la calle de Bordadores, 3, principal.

Hay además un inmenso surtido de alfombras de terciopelo y moqueta en iguales condiciones.

Duros viejos e isabelinos. Se toman por su valor en pago de los ricos vinos de Jerez de esta Bodega. 4, Campomanes, 4.

LOMBRICES

Recomiendo eficazmente mi *Jarabe Vermifugo* por su prontitud en expulsar toda clase de gusanos intestinales de que tanto padecen los niños. Frasco, 4 y 6 reales. Farmacia de Sanchez Ocaña, Atocha, 35, frente a Relatores.

TALLERES DE JOYERIA
VENTA

excepcional de riquísimas alhajas, brillantes, perlas, rubies, esmeraldas, zafiros y demás piedras preciosas que a precios exclusivos vendemos por mayor y menor en esta casa fábrica de joyería.

La perfección y economía que esta casa tiene acreditada en la construcción y reforma de aderezos, collares, diademas, coronas y toda clase de joyas, ha hecho que sean tantos los pedidos y encargos recibidos durante el mes anterior, que nos han obligado a ensanchar los talleres y aumentar hasta 32 el número de los operarios.

Los modelos y dibujos que mensualmente se reciben y la compra directa en los principales centros productores de toda clase de piedras preciosas, unido a la maquinaria y demás elementos de fabricación, permiten que toda compra ó encargo hecho en esta casa resulte con una prontitud y economía grandísimas.

Con las anteriores ventajas y la gran existencia de toda clase de pedrería suelta, las diversas máquinas que a la vista del público funcionan y la práctica de muchos años, colocan a estos talleres en primer lugar y únicos en España que pueden competir con los más importantes del extranjero.

CASA FUNDADA EN 1868
2, PRADO, 2, PRAL.

CURACION
RESFRIADOS CON EL CATARROS
TOSES **JARABE Y PASTILLAS** ASMA
DOBLES BALSAMICAS
PREPARADAS EN LA FARMACIA
DE GARCERÁ, PRINCIPE, 13, MADRID
Irritaciones bronquiales, tos ferina y coqueluche, según certificado de varios médicos y particulares. Ocho años de éxitos.

CARNE Y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE Y QUINA son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y prevenir la *Anemia* y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.

Per mayor, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Succesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Perfumeria y Jabones finos
Medallas en las Exposiciones, 1319, 39, 44, 49, 55, 67, 72 y 73

DEMARSON CHÉTELAT y C^{ta}
71, Rue Saint-Martin, 71, PARIS

ESPECIALIDADES

JABONES de ROSA RECONOCIDA. EXTRACTO TRIPLE para el perfume.
JABONES de LAVANDA al ANBAR. EXTRACTO VEGETAL para la cabeza.
POMADA HONGARA. ESPÍRITU de LAVANDA al ANBAR.
POMADA FILODERMINA. AGUA DEMARSON (mistura de extractos).
BLANCO DE LIS. ELIXIR de LOS TRES DOCTORES.

BRILLANTINA DEMARSON